Letargo (Saga Divano 1)

Jessica Galera Andreu

Capítulo 1

1. "Algo que solo yo veo"

Las luces de la ciudad se distinguen en la lejanía, prendiendo el oscuro horizonte de pequeñas chispas anaranjadas. El cielo nublado no deja esta noche lugar para las estrellas ni tampoco para la luna, que ha de estar a punto de alcanzar su fase plena. Es como si todos los astros se hubiesen descolgado del firmamento, conglomerándose en la costa. El viento brama en mis oídos, arrastrando todo lo demás, llevándose lejos el sonido de las olas rompiendo en las rocas y los gritos de los jóvenes que se reúnen en este lugar para llevar a cabo cualquier locura que se les pueda pasar por la cabeza. El viejo faro se sitúa en un pequeño islote que emerge desde las profundidades del propio mar, y dejó de ejercer como tal hace ya muchísimos años, más de lo que nosotros mismos hemos vivido. Ahora está abandonado y semiderruido, pero se ha convertido en un lugar de diversión para muchos jóvenes. No queda excesivamente lejos de la costa aunque llegar nadando, al margen de ser una temeridad, se ha convertido en una moda. En verano es muy habitual ver a los muchachos de la ciudad y alrededores llegar hasta aquí para pasar el día o la noche, pero de un tiempo a esta parte, cruzar a nado la distancia que lo separa de la playa ya no es suficiente. No son pocos los que continúan viniendo a este lugar a pesar de las recomendaciones y prohibiciones para dejar de hacerlo; la Cala de Salve lo llaman. Dicen que cuando el faro funcionaba, la torre era la salvación para los navíos errantes que se perdían en las noches de tormenta. Supongo que de ahí viene su nombre. No lo sé y tampoco sé si yo esté aquí buscando algún tipo de salvación o quizás todo lo contrario. Llegué con Vika y los demás al caer la tarde, nadando, como manda el ritual. Durante algún tiempo formé parte del equipo de natación del instituto, por lo que no se me da mal cruzar la distancia que separa la costa de este lugar y tampoco se me hace excesivamente cansado. Lo que sí me está costando es decidirme a dar el salto. Llevo ya un buen rato sujeta en la barandilla, en el lado exterior del balcón y soy incapaz de soltarme. Lo han hecho ya varios antes que yo, pero algo me detiene y no creo que sea complicado saber que, simple y llanamente, es miedo. Cierro los ojos e inspiro profundamente, percibiendo en la cara la calidez de las dos antorchas que alguien ha colocado aquí arriba, impidiendo que la oscuridad lo engulla todo. También las hay abajo, el resplandor justo para distinguir las rocas y el agua rompiendo en la base del faro.

En los últimos meses me he lanzado a hacer un sinfín de locuras de las que jamás me hubiera creído capaz: tomar parte en carreras de coches, saltar entre edificios, colarme en casas ajenas, robar. No son las acciones que más orgullosa me hacen sentir en mi vida, pero son el único tipo de cosas que logran mantener mi mente cien por cien centrada en algo que

impide la reproducción sistemática de mis más redundantes pensamientos.

Desde hace un año escucho, día tras día, las mismas frases en mi cabeza; visualizo las mismas caras, las mismas imágenes, desarrollo las mismas teorías, las mismas posibilidades de lo que podría haber hecho y no hice. Y es un tormento del que no encontraba forma de escapar hasta que empecé a frecuentar la pandilla de Vika. En el instituto se la considera un bicho raro, a ella, a su novio Antón y a sus amigos, que estudian en otro lugar —los que siguen haciéndolo—. Los guía una búsqueda constante del peligro, de poner a tope su adrenalina, de vivir al límite. «Vita et mors videtur specimen terminos». «La vida y la muerte me parecen límites ideales». Es su lema, el que todos se tatúan en alguna parte de su cuerpo cuando entran en su particular club, un honor que yo todavía no merezco, aunque ni siquiera sé qué deba hacer para ello.

Abro los ojos de nuevo, enfoco la base del faro y mientras un lado de mí batalla por desterrar lo que se viene a mi mente, la otra parte desea darle cabida con todas sus fuerzas. El punto de inflexión, el día en que cambió todo, la razón por la que hoy soy como soy. Se llamaba Alexander y tenía diecisiete años. Hubiéramos cumplido uno juntos tres días después de que todo ocurriese, aunque probablemente no hubiera sido el mejor aniversario. Habíamos discutido por algo que en aquel momento me pareció un mundo y hoy no es más que una solemne estupidez. Alex se pasó tres días persiguiéndome, llamándome, enviándome notas que me citaban en la vieja cancha de baloncesto. Pero lo ignoré todo. Después supe que su hermano mayor y él habían sufrido un accidente con el coche. Gabriel pudo contarlo; Alex, no. Desde entonces mi mundo se ha parado y yo me he quedado bloqueada en esa semana nefasta, en mis últimas palabras mandándolo al diablo, en su insistencia por que pudiéramos solucionar las cosas y en la estúpida forma en la que lo envié todo al traste. Ahora no puedo evitar pensar que si lo hubiera escuchado, si hubiera accedido a hablar con él, si no hubiese sido tan testaruda, tal vez él estaría vivo. A veces creo que es un pensamiento estúpido, pero no puedo evitar crear mil alternativas que no le hubieran llevado hasta allí. Sin embargo, lo cierto es que no puedo cambiar la realidad y por tanto, necesito adaptarla a una forma en la que todo sea más soportable. Quiero que la chica sensata, madura y responsable que siempre fui desaparezca en favor de la chalada que soy ahora, la irresponsable, aquella a la que nada le importa ni le preocupa; quiero que la cautela deje paso a la locura; que la precaución ceda en favor del peligro y que la Tayra que pensaba mil veces las cosas antes de atreverse a dar un paso, se lance de cabeza a lo que venga sin plantearse lo más mínimo las consecuencias. Esa es la razón por la que en los últimos meses dejé de lado mis amistades, mis costumbres, mi mundo y todo aquello que me recuerde lo más mínimo a mi anterior vida, a mi vida con Alex.

Vuelvo a abrir los ojos y la vertiginosa caída sigue llamándome para que, simplemente, abra los dedos, que se aferran a la barandilla con toda la fuerza que me ha faltado en este tiempo. O son los chicos los que claman por que me deje de titubeos y salte. Es lo que hacen ellos y lo que esperan de mí, la razón por la que me aceptaron, pese a los recelos iniciales de muchos de los amigos de Vika. Ni siquiera tengo claro por qué ella trató de convencerlos para que me dieran una oportunidad y lo único que se me ocurre es que, de alguna manera, la propia Vika tenía un feeling especial con Alex. Los vi hablar muy pocas veces, pero solía coincidir con aquellas ocasiones en las que en el sombrío semblante de ella se prendía una sonrisa; tiempo atrás llegué a pensar que Alex le gustaba; Alex le gustaba a todas las chicas del instituto y de hecho, durante todo el tiempo que duró lo nuestro fui incapaz de dejar de preguntarme por qué yo; por qué me escogió a mí. La idea era un tormento que derivaba en exponer mi interminable cantidad de defectos frente a las exultantes virtudes de las demás chicas, así que poco a poco fui dejando de preguntarme la razón por la que estaba a mi lado, fui dedicándome a disfrutarlo y a restarle importancia a lo que fuese que unía a Alex y Vika.

—¡Salta ya!

Las voces llegan amortiguadas desde ahí abajo y el bramido del viento lo dificulta más aún, pero sé que me apremian a que lo haga de una vez. Yo sigo sintiendo el corazón en la garganta y estoy a punto de echarlo por la boca cuando escucho más risotadas y gritos justo por detrás de mí. Me aparto azorada, aferrándome con más fuerza a la barandilla del balcón, mientras más muchachos llegan hasta aquí, alborotados, gritando y riendo. No los conozco, por lo que sé que no han venido con nosotros, pero están tan decididos como mi nueva pandilla a «volar». El primero en cruzar al otro lado de la barandilla es un chico moreno de aspecto delgaducho y cuerpo huesudo; se santigua y salta sin pensárselo. Los vítores no tardan en estallar a mi lado y a continuación, sin mayor dilación, lo sigue una chica; tiene el pelo largo y ondulado, de un rubio ceniza que parece más oscuro aún al llevarlo mojado. Se vuelve por un momento, le da un beso en la boca a un chico y se deja caer entre más aplausos. No sé si admiro su determinación o compadezco su locura. Supongo que hago lo segundo aunque pugno por acabar haciendo lo primero. Ahora es el turno del chico al que la anterior saltadora besó y mientras se lleva a cabo el ritual de vítores, aplausos y demás payasadas, mis ojos se encuentran con la mirada de Daniel Walcott, el hermano pequeño de Alex. Tiene dieciséis años y aunque siempre nos habíamos llevado genial, desde la muerte de su hermano, todo cambió radicalmente. No habíamos vuelto a hablar, pero en cada mirada suya detecté el más nítido odio. La razón es tan sencilla como comprensible: en el absurdo y necesario intento de desterrar el recuerdo de Alex para que

no acabase consumiéndome, empezó a importarme poco enredarme con chicos a los que ni siquiera conocía. Da igual que no espere nada de ellos, que no tengan nada que ofrecerme. Lo único que busco es parecerme lo menos posible a quien era antes, crear la realidad de que Tayra se fue con Alex y de que aquí solo queda una estúpida que no tiene nada que ver ni con él ni con ella. Pero su hermano lo ve así: para él solo soy una fresca que no le ha guardado la más mínima consideración a Alex, la que no ha necesitado tiempo para buscar algo parecido a un sustituto o varios y aunque la verdad sea lo más alejado posible a eso, puedo entender que es lo que él haya percibido porque es lo que yo he querido proyectar. Lo cierto es que en la espiral de locura y autodestrucción en la que me estoy colando, hay días en los que soy capaz de verlo todo con claridad y sentirme la mayor basura del mundo.

Dani lleva unos vaqueros y una camiseta blanca, y su pelo, más oscuro que el de Alex, está mojado. Verlo me resulta enormemente doloroso, no ya por la opinión que él pueda tener de mí, sino por el parecido que guarda con su difunto hermano. Sus mismos ojos rasgados aunque de un azul más oscuro; su misma nariz pequeña, sus misma boca. Se acerca y apoya sus manos en la barandilla mientras observa el vacío que apenas se distingue con la poca luz que hay.

—¡Vaya sorpresa! —exclama—. No esperaba encontrarte aquí, aunque tampoco puedo decir que me disguste.

Le miro sin saber qué decir; no esperaba que viniera a hablar conmigo y siento que el nudo que tenía en el estómago hace un momento ante la tesitura de tener que saltar desde una altura temeraria, se acentúa ante el hecho de aguantarle la mirada. Es mucho peor.

—La posibilidad de que acabes estampada contra las rocas me pone, pero claro, para eso tendrás que tener las agallas de saltar, ¿no?

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —Es lo único que consigo preguntar.

—Asistir a tu final. Espero.

—Dani, corta el rollo.

Me mira y aunque sé que soy yo la que se ha labrado la imagen que todo el mundo tiene de mí, algo en mi interior tiene la necesidad de explicarle que las cosas no son lo que parecen, que mis estúpidos líos con chicos cuyos nombres ni siquiera recuerdo, son una forma ridícula de intentar que el recuerdo de su hermano no me ancle al fondo de una vida de la que sea incapaz de salir. Pero tengo claro que jamás he querido a nadie como a él, que es el único chico del que he estado enamorada y dudo

mucho que vaya a volver a estarlo; ni siquiera lo intento. No quiero.

—¿Qué? —pregunta él—. ¿No vas a añadir nada más?

De pronto noto que me tiemblan las piernas y las palmas de mis manos empiezan a sudar. Me sujeta del brazo con fuerza.

—¿Por qué no saltas?

Trato de apartarme y sujetarme de nuevo, pero noto en su agarre el ansia por verme, tal y como él mismo dijo, estrellada en las rocas que forman la base del faro. Es evidente que daría cualquier cosa por que yo ocupase el lugar de su hermano y aunque ahora mismo nos aleje un abismo, es un pensamiento común entre él y yo. Pero ahora es el miedo el que me domina y mientras él sigue guiado por esa necesidad, yo solo quiero cruzar al otro lado de la barandilla y largarme de aquí.

—Suéltame —murmuro.

—¿No te atreves? ¿Qué estás haciendo, entonces? Ellos tienen las ideas claras y no les tiembla el pulso. —Señala con la cabeza hacia abajo, a los muchachos que han saltado ya dese lo alto del faro. De hecho, solo queda un chico que nos mira con el ceño fruncido y se encoge de hombros antes de seguir a los demás—. Tú eres una maldita cobarde que ni siquiera sabe lo que quiere. Si no te atreves a saltar de aquí, baja, échate al agua y vuelve a la ciudad; con un poco de suerte te atrape una corriente y tu muerte sea algo mucho peor que un impacto seco y rápido.

Mientras me escupe todas aquellas palabras, sigue sujetándome y yo noto la sangre contenida en mi brazo, incapaz de seguir circulando ante la fuerza con la que me agarra. Doy un traspié y acabo situada frente a él, tratando de cruzar al otro lado, aferrándome a Dani, pero es evidente que no está por la labor de ser mi agarre. Es un año menor que yo, pero más alto. Detengo aquella especie de forcejeo cuando reparo en la figura de alguien más; creí que ya habían saltado todos, pero aún queda una chica. Me quedo helada cuando da un paso al frente y logro distinguirla al resplandor del fuego que chisporrotea aquí arriba. Tiene sangre en la cara, una herida que mana de su sien, la ropa destripada y los brazos llenos de arañazos.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto, asustada.

Dani se vuelve desviando su mirada hacia el lugar exacto desde el que ha aparecido aquella joven. Luego me observa de nuevo y creo detectar un cambio en la expresión de su semblante. Ha dejado de hacer fuerza y yo logro pasar una pierna hacia el lado seguro del balcón. Él se aparta un

poco.

—¿Estás bien? —Camino hacia la muchacha y coloco una mano sobre su hombro; está helada—. ¿Te has hecho daño saltando? —Saco el móvil del bolsillo—. Pediré ayuda, no te preocupes. ¿Cómo te llamas?

Dani sigue mirándome, inmóvil y totalmente en silencio. Ni siquiera he tenido tiempo de marcar cuando la chica avanza hacia mí, arrastrándome y me empuja al vacío. Pierdo el teléfono móvil de la mano y solo puedo percibir la angustiosa sensación de mi estómago encogiéndose y saliéndoseme por la boca mientras el viento frío me golpea en la espalda y mi grito muere sin llegar a salir. Luego, un impacto fuerte que me sumerge en la gelidez del agua; lo veo todo oscuro a mi alrededor y siento la falta de aire en mis pulmones. Trato de patalear, de buscar en vano una salida con las manos, pero solo encuentro frío, vacío, nada. Hasta que alguien tira de mí hacia arriba y me encuentro en la superficie. El novio de Vika me arrastra sujetándome de la camisa hasta que soy capaz de agarrarme por mí misma a una roca. Mientras él trepa por ella y se sienta detrás de su novia, yo toso durante unos segundos, en los que trato de recuperar la respiración.

—¡Bien! —exclama Vika—. Tu salto va a costarme una cena, pero ha merecido la pena. Di por sentado que no te atreverías, pero estoy empezando a alegrarme de haber confiado en ti.

Me tiende la mano y aunque vacilo al principio, la acepto y salgo del agua helada, tiritando y con la ropa pegada al cuerpo. Alguien me pasa una toalla y me envuelvo en ella, incapaz, si quiera, de alzar la mirada y de quitarme de la cabeza la imagen de aquella chica ensangrentada.

*****

El sol empieza a asomar en el horizonte, tiñendo el cielo de un tono malva que batalla en victorioso duelo con la oscuridad de la noche. Si las estrellas sucumbieron a la prisión de nubes en que las encerró el firmamento, el sol lanza una advertencia de imbatibilidad. El cielo está prácticamente despejado, aunque el frío ha arreciado, propiciando que, aunque haya logrado secarme, no haya podido dejar de tiritar. Miro a mi alrededor y me sorprende ver a algunos chicos durmiendo entre las rocas que conforman la base del faro. La mayoría lo hacen en el interior de la torre, al abrigo de sus frías paredes, pero yo no he conseguido pegar ojo, ni dentro ni fuera. A las pesadillas que me atormentan de un tiempo a

esta parte, se ha sumado lo vivido la noche anterior: el encuentro con Dani, sus palabras, el forcejeo, la chica herida, la caída. De no haber sido por lo tarde que era, habría regresado a casa, pues al mar de tormentosas sensaciones que ya me embarga normalmente, se sumaron anoche algunas más: me siento confundida por todo, dolida con Dani y culpable porque no he dicho nada a nadie de lo vivido allí arriba; porque si hay una chica herida en este lugar no he abierto la boca para que alguien llame y pida auxilio. Ni siquiera sé dónde puede estar, pero nadie parece echarla en falta. No vino con nosotros, de eso estoy segura, pero tampoco los otros muchachos, aquellos con los que Dani debió de llegar, han mencionado nada al respecto. ¿Y si vino sola? Resoplo, saturada por las mil ideas que surcan mi mente, a cuál más nefasta. Vuelvo la cabeza al escuchar unos pasos y reparo en la figura del hermano de Alex. No había vuelto a verlo desde anoche y de hecho él hace como si no me viera; lleva los mismos vaqueros y una sudadera negra cuya capucha cubre su cabeza castaña. Mantiene las manos en los bolsillos y la mirada, perdida en el horizonte. Está descalzo. Me incorporo y me debato entre la necesidad de ir a hablar con él y la de huir de él. Pero ante la disyuntiva me encuentro caminando hacia el lugar en el que se encuentra. ¿Cómo voy a ignorar el asunto?

Estoy a su lado, ha de ser consciente de mi presencia, pero no me dice nada.

—¿Dónde está? —pregunto sin apenas voz.

Ahora sí se vuelve y me observa. Supongo que acaba de despertarse y ni siquiera ha tenido tiempo de recopilar en la mirada todo el odio que me dirigía la noche anterior.

—Lárgate.

—Esa chica estaba herida.

—Lár-ga-te —repite.

—Dani, esto no es algo entre tú yo. Me odias y lo asumo; probablemente lo merezca, pero te estoy hablando de una chica que...

—¿De qué maldita chica me estás hablando? —exclama, alterado.

Lo miro en silencio, confundida. ¿Me toma el pelo?

—La chica que había anoche allí arriba, estaba herida. Tenía sangre en la

cara y en los brazos, la viste igual que yo. ¿Quién es?

Sonríe y niega con la cabeza.

—¿Además de zorra, majareta? No tengo ni la más remota idea de quién estás hablando. Allí arriba solo estábamos tú y yo, aunque empezases a parlotear sola.

—¿Qué estás diciendo? Tuviste que verla igual que yo. Me empujó, Dani.

—Fui yo quien te empujó, maldita loca —grita y algunos chicos se despiertan.

Soy incapaz de responder. No puede ser cierto, no la imaginé. La toqué, estaba helada y él ni siquiera se había movido cuando ella se abalanzó sobre mí. Fue ella quien me hizo caer y no él.

Niego con la cabeza, pero Dani se me acerca tanto que me cohíbe y guardo silencio.

—Estás rematadamente loca —me susurra. Después camina despacio hasta perderse en el interior de la torre.

—¡Dani! —Ni siquiera se detiene. Dice que él me empujó, pero, aunque sea tal vez producto de un pensamiento traidor, quiero pensar que me ayudaba para no caer. Sin embargo, por estúpido que parezca, instaura en mi cabeza la duda. ¿Me lo imaginé? ¿Fue realmente él quien me hizo caer? Alzo la mirada hacia lo alto del faro, pero ahora solo veo la barandilla a la que estuve aferrada durante minutos, incapaz de dar un salto al que finalmente mi vi abocada, no por mi propia voluntad y juraría que tampoco por la de Dani por muchas ganas que él tuviera de hacerlo.

*****

El sol se alza ya mucho más alto y percibo el calor que irradia, aunque ni siquiera sus rayos son capaces de desprenderme de la sensación de frío que me cala hasta los huesos. He logrado dar con mi teléfono móvil o lo que queda de él; lo perdí al caer desde el faro y no puedo evitar estremecerme pensando que si yo fui a parar al agua, este viejo trasto cayó sobre la roca. Podía haber sido yo. Y hubiera sido el final de muchas cosas, pero también el principio de otras: el calvario de mi padres, de mi abuela, de mi hermano. Vivo con estos dos últimos, pues mis padres pensaron que un cambio de aires podría irme bien, ya que la desgracia por el accidente de Alex venía a sumarse a la de su divorcio y mi casa se convertía, por momentos, en una olla a presión de la que a mi hermano y

a mí nos permitieron escapar. Mi madre vive en la misma ciudad, pero en la otra punta; mi padre, en otra urbe, y si todas las modificaciones en mi actitud tenían por objeto desterrar todo lo que era mi vida anterior, el cambio de domicilio también ayuda. Lo único que mantengo intacto es el instituto. Las cosas ya eran suficientemente complicadas como para arrancar de cero también en eso, y Richard y Madeleine, mis padres, concluyeron que haber de adaptarme a un nuevo centro y ponerme al día en mitad del curso escolar me haría un flaco favor, de modo que sigo estudiando en el mismo lugar en el que lo hacía cuando Alex vivía y así será, al menos, hasta que termine el curso. Esa es la razón por la que detesto estar allí, por la que me salto clases continuamente, aunque menos de las que quisiera, pues mi abuela ha extremado el control sobre mí en los últimos meses. A veces me sorprende la extrema madurez con la que mi hermano, de tan solo quince años, sobrelleva toda esta situación, sin duda alguna de mejor forma que yo. Él se lleva muy bien con mi abuela, así que tampoco es que vaya a recordar esta temporada como la más terrible de su vida por el hecho de vivir en su casa. Yo también me había llevado bien con ella hasta ahora, pero su férreo control y mi desmotivación por todo, han crispado ligeramente nuestro trato. Cuando llegue a casa estará furiosa. He vuelto a pasar la noche fuera y no la he avisado; para más inri he venido hasta este lugar que ella me tiene terminantemente prohibido, aunque ese es un detalle que no conocerá.

Si anoche fui testigo de todos los chicos que se lanzaron desde el faro mientras a mí me entraban las dudas, ahora lo soy de su marcha hacia la costa, que se visualiza en la lejanía. En esta ocasión no me para el miedo, pero suele costarme arrancar a hacer cualquier cosa. Noto una mano sobre mi hombro y reparo en que se trata de Vika.

—¿Lista para volver a casa? —Asiento—. Oye, no has dicho una palabra en toda la noche, ¿estás bien?

Inspiro profundamente y observo a Vika; es una chica extraña o quizás la extraña sea yo y todo el mundo me parezca fuera de lugar. Lleva un aro en la nariz y su pelo, de un rojo chillón, no llega a tocarle en el hombro. Suele vestir siempre de negro, algo que contrasta con su piel pálida, y tiene unos enormes tatuajes en los brazos, al igual que su novio, que es aún más llamativo que ella. Sus tatuajes se extienden hasta su cuello y sus ojos, de un negro penetrante, se ocultan bajo los largos mechones de su pelo, también negro. Daría miedo si no fuera la pareja de una chica a la que conozco desde los cinco años, a pesar del poco trato que hemos mantenido siempre.

Observo a un grupo de chicos desconocidos, que se lanzan al agua

también y empiezan a nadar.

—¿Quiénes son? —pregunto.

—Ni idea —responde ella—. Hay algunos chicos del instituto, pero no conozco a la mayoría. ¡En fin! Por desgracia el faro no es propiedad privada para nosotros y tampoco ha estado mal la noche. Admito que tenía dudas contigo, Tayra, pero empiezo a alegrarme de haber permitido que te convirtieras en una de las nuestras.

Asiento y es entonces cuando veo a Dani dirigirse hacia el agua.
Vika se aparta para volver con los demás y yo camino hacia él.

—Dani —lo llamo. Él se despoja de su sudadera y se la ata a la cintura ante las risitas y codazos de sus amigos al verme llegar. —. Quiero hablar contigo.

Cierra los ojos mientras espira una amplia bocanada de aire.

—Déjame en paz, ¿de acuerdo? No quiero que vuelvas a dirigirme la palabra en tu jodida vida.

—Eres un maldito terco.

Sus amigos hacen más audibles las risas. Él se vuelve y se acerca a mí.

—Y tú, una zorra.

Tal vez algo en mi interior me empuje a defenderme de manera instintiva, pero ni siquiera soy consciente de mis actos al responderle sonriendo de manera desafiante.

—Eso ya lo has dicho, eres muy poco original.

—Es lo único que me sale cuando te veo.

—Antes no te sucedía.

—Antes fingías muy bien.

—Nunca fingí querer a tu hermano.

—Lávate la boca para hablar de él y no lo hagas cuando la has paseado por la de tantos otros.

Le doy un sonoro bofetón y al instante me arrepiento. Solo yo conozco mis sentimientos y mis intenciones, los más sinceros y verdaderos, mi amargura interior, la lástima que en ocasiones despierto hacia mí misma,

pero lo que él ve es lo que está describiendo, lo que yo quiero proyectar. No puedo culparlo por pensar lo que piensa o por decir lo que dice.

El motor de una lancha acercándose interrumpe la tensión generada y posiblemente sea la única razón por la que no me devuelve el guantazo, aunque si ya mantenía el corazón encogido tras lo sucedido con Dani, la llegada de Gabriel no facilita las cosas; es el hermano mayor de Dani y Alex. Son tres. Eran tres. Cuando detiene allí la lancha, salta hacia las rocas y sujeta a su hermano por el brazo.

—Sube ahí ahora mismo —le ordena. Los ojos de Dani siguen ardiendo en ira, pero se zafa con un gesto brusco y obedece sin rechistar. Sus cuatro amigos lo siguen, ya sin reír, y se unen a él y al chico que ha llegado con Gabriel, amigo suyo, supongo. Si topar con Dani en este lugar me impactó sobremanera, hacerlo con Gabriel ve multiplicada la sensación; porque es su hermano mayor, porque si un niño como Dani se ha dado cuenta de las cosas, él ha de ser más consciente todavía y porque no creo que lo que ambos piensan haya de diferir demasiado.

Gabriel me mira mientras se aparta el pelo de la cara; el viento sopla aún con fuerza aunque en menor medida de lo que lo hacía la noche anterior y no tan frío. Él se parece más a Alex que Dani y verlo me resulta especialmente doloroso, aunque en este caso la razón es otra: son pensamientos irracionales, ilógicos y que me hacen sentir vergüenza de mí misma, pero en Gabriel veo a la última persona que lo vio con vida, al que respiró su mismo aire, al que lo llevó en el coche en el que murió. Gabriel es mayor —tiene diecinueve años— y ya no estudia en el instituto, pero solía verlo todos los viernes por la tarde cuando los muchachos jugaban a fútbol en el campo que hay tras la biblioteca. Alex solía decir que prefería enfrentarse a él a tenerlo en su mismo equipo; el fútbol no es lo suyo.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —me pregunta.

Trago saliva y soy incapaz de responder.

—Yo... —balbuceo como una idiota.

—¿Qué os pasa a todos con este maldito sitio?¿También necesitas tirarte de ahí para demostrar algo?

—No es eso.

—¿Entonces qué es? ¿Desde cuándo haces estas estupideces, Tayra? No tienes nada que ver con esta gente, arriesgan sus vidas por nada, por pura diversión. Y yo estoy hablando con la misma persona que advertía a

mi hermano cuando abría una lata para que no se cortase.

Me tenso como una cuerda; escuchar la mención de Alex en boca de Gabriel ha logrado ese efecto aunque no estoy segura del porqué.

—Sube a la lancha, te llevo a casa.

—No. —Había dado media vuelta, pero Gabriel se detiene y me mira—. No creo que sea una buena idea. Prefiero volver con Vika y los demás.

Me dedica una larga mirada y si por un lado me gustaría saber qué esta pensando, por otro agradezco no tener la más remota idea.

—Supongo que el hecho de volver nadando es lo menos grave en todo esto. Ten cuidado.

Regresa a la lancha y no tarda en perderse rumbo a la ciudad. No ha sido tan claro o directo como Dani, pero sí ha estado seco, tirante. Me odia tanto como su hermano, a pesar de que también con él la relación fue siempre de lo más cordial y cómplice. Pero también eso ha de ser normal.

*****

Abro el grifo de la ducha y me quito la camiseta, el pantalón; apoyo mis manos sobre el lavabo mientras espero a que el agua caliente llegue. Me miro al espejo y prácticamente no me reconozco. Mi larga melena castaña lleva una semana prisionera en una trenza que ni siquiera lo parece; he perdido el color en las mejillas y unas oscuras ojeras surcan la parte inferior de unos ojos, cuyo color y expresión muchos habían elogiado. Son verdes o lo eran. Están apagados, tristes y cansados de llorar. Cuando veo el vaho saliendo de la ducha, me quito la ropa interior y entro, dando un respingo al percibir que el agua está demasiado caliente; la regulo y apoyo mis manos en la pared. Cierro los ojos y dejo que el chorro resbale sobre mi cabeza, sobre mi piel. Siento como si me cubriese una capa de algo que me ahoga y fuera incapaz de desprenderme de ella.

*****

Cuando llego a la cocina, encuentro a mi hermano sumido en sus propios pensamientos, nervioso porque llega tarde al colegio y debe esperar a que

yo lo lleve. No deja de sorprenderme el sentido de la responsabilidad en un chico de apenas quince años, pero la autoexigencia de Sean consigo mismo es, a veces, exasperante. La falta de puntualidad le hace adquirir esa actitud nerviosa de la que hace gala ahora; coloca las cosas sobre la mesa casi con una obsesión milimétrica: los cubiertos, los lápices durante el estudio, el ángulo del portátil al abrirlo. Pero si su flema ha sido siempre algo contrapuesto a mí, ahora esto se acentúa más.

Me siento con despreocupación y me sirvo un vaso de leche con cereales. Aún tengo el pelo mojado y he sustituido mi atuendo por una camisa de cuadros y unos vaqueros, que también están rotos. Sean me perfora con la mirada y no puedo evitar sentirme inquieta.

—¿Qué demonios estás mirando? —le pregunto.

—¿Vas a darte un poco de prisa? Debo presentar el proyecto a primera hora y ya llego tarde.

Me echo hacia atrás en la silla.

—Si tenías tanta prisa podías haberte levantado antes y tomar el autobús.

—No me gusta ir en el autobús. Los chicos van todo el trayecto haciendo estupideces.

—Tienes quince años, Sean. Hacer estupideces es lo normal.

—¿Y me va a durar tanto como a ti? Tienes diecisiete y no dejas de hacerlas.

Eso ha sido un golpe bajo y lo sabe, pero supongo que busca la forma de que reaccione. Sean se cruza de brazos y desvía la mirada. Yo sigo observándolo y sé perfectamente lo que está pensando: «Si papá y mamá estuvieran aquí, las cosas no serían así, tú no serías así». Lo ha dicho mil veces y aunque mi abuela suele reñirle cuando lo hace, en parte, sé que tiene razón. Mis padres llevan poco más de un año y medio separados y él se marchó a vivir a Glosburg, donde le ofrecían un gran trabajo, un gran sueldo, un gran puesto. Supongo que ni lo dudó.

—Sé que anoche estuviste en la Cala —dice Sean.

Dejo de masticar y lo miro.

—¿Quién te lo ha dicho? —pregunto.

—Conocemos a demasiadas personas en común; entiendo que se lo ocultes a la abuela, pero no me digas que pretendías que yo no me

enterase.

—Me resulta indiferente que tú te enteres, no te debo ninguna explicación.

—No, pero si yo me fuera de la lengua tú invertirías mucho tiempo en estar aquí encerrada. Puede que incluso la abuela te enviase de nuevo con mamá. Tal vez es lo que debiera hacer.

Me pongo en pie, pues prefiero no darle más pie a esta conversación. Hace tiempo que la situación de mis padres dejó de ser un problema o al menos, uno prioritario. Lo último que necesito es que vuelva a serlo. Por otro lado, conozco demasiado bien a mi hermano. No dirá nada.

—Vayámonos —digo al fin.

Lanzo la mochila al asiento trasero de mi coche negro e introduzco la llave en el contacto. Cuando Sean sube en el asiento del copiloto, iniciamos el trayecto hacia el instituto, para el que haré escala en la escuela donde él estudia. El recorrido no nos llevará más de un cuarto de hora, especialmente teniendo en cuenta la velocidad a la que circulo, hecho que —lo admito— me ha ocasionado ya más de un problema con la justicia. Viajamos escuchando lo que Sean califica siempre de «música estridente», que suena a través de los altavoces del coche. Cree que la tengo a un volumen demasiado alto, aunque él lo combate escuchando su propia música a través del mp3 que siempre suele llevar consigo.

Hemos cubierto poco menos de la mitad del recorrido cuando de pronto doy un fuerte volantazo y el coche, que ya ha sobrepasado el semáforo que regulaba el cruce, queda a poca distancia de otro vehículo blanco, cuyo conductor me profiere una serie de improperios al tiempo que gesticula airadamente. Pero no lo escucho. Bajo rápidamente y busco con desesperación el cuerpo del hombre que acaba de aparecer repentinamente frente a mí. No hay nadie. Estoy segura de que lo he visto y aunque no noté el impacto de su cuerpo contra la chapa del vehículo, no puede haber evitado el atropello. Me aparto el pelo hacia atrás con las dos manos y tras asegurarme de nuevo de que no hay nadie tendido en el suelo, vuelvo a introducirme en el coche. Miro a mi hermano y lo veo totalmente blanco, con el rostro desencajado y la mirada llorosa.

—¡Eh! ¿Estás bien? No ha sido nada…¿vale? —digo únicamente. Él asiente con poca convicción.

Cierro los ojos, angustiada y echo mi cabeza hacia atrás. Detesto detenerme en este semáforo, el tercero de la calle Whiteford, que colinda en perpendicular con el viejo parque de Southdoor. En este nefasto cruce

ocurrió todo hace escasamente un año. Detenerme aquí y aguardar los interminables minutos que la luz roja tarda en dejar paso a la verde, me hunde en esa maraña de pensamientos e ideas que trato de evitar cada día; pero aquí es imposible. Sin embargo hoy no ha sido nada de eso lo que ha provocado esta situación; iba a atropellar a un hombre y estoy completamente segura de eso.

El claxon de los coches que llegan tras mí, junto al leve zarandeo de un todavía asustado Sean, me sacan de mis pensamientos. Retomo la marcha y en pocos minutos hemos llegado al colegio, ya vacío de niños que esperan para entrar. Mi hermano sale del coche y camina volviéndose un par de veces hasta la cristalera, a través de la cual su espigada figura se pierde. Suspiro. No siempre he sido así de distante e incluso indiferente con él. Antes le había dedicado gran cantidad de tiempo para mil cosas diferentes: patinar juntos, montar en bicicleta o simplemente estar con él mientras nuestros padres viajaban, trabajaban o disfrutaban de una merecida noche de cena romántica en algún restaurante de la ciudad. Pero la muerte de Alex me ha transformado y ya no tengo a nadie aquí para advertirme sobre lo estúpida que estoy siendo conmigo misma ni lo egoísta que estoy siendo con mi familia. Soy consciente de que mi personalidad ha dado un cambio radical y siento que nada me importa en absoluto. El propio Alex me había dicho, en mis momentos más bajos, que la vida funcionaba así, que ofrecía momentos buenos y momentos malos y que cuando uno ya había tocado fondo, solo quedaba ir hacia arriba, pero yo sé que ningún buen momento será capaz de compensar este vacío, que empieza a ser ya demasiado grande.

*****

Las clases se me han hecho hoy especialmente insoportables. Trato de centrarme en los estudios, pues son una forma menos estúpida y temeraria de mantener mi mente ocupada, pero soy incapaz de fijar mi atención en las palabras de los profesores. Mi mente se dispersa rápidamente y en mi cabeza se zarandean mil pensamientos que acaban siempre derivando en los mismos. Hoy, sin embargo, no puedo dejar de darle vueltas a lo sucedido con ese hombre; era tan real que estuve a punto de causar un accidente con mi hermano y la situación es tan alarmantemente parecida a lo que debió sucederles a Gabriel y Alex que no puedo evitar preocuparme. ¿Es posible que mi mente esté recreando la misma situación y que de algún modo yo esté tratando de seguirlo? En los peores momentos, la posibilidad de ir tras Alexander ha redundando por mi mente con insistencia, pero el hecho de que algo en mi subconsciente esté causando todo esto para convertirlo en una realidad, me asusta

porque no siempre voy sola en el coche y lo que tengo claro es que cada vez que pienso que quiero morirme, es sola; no arrastrando a Sean, a mi abuela o a cualquier otro.

Cuando todo ocurrió mi madre quiso llevarme a ver a una psicóloga amiga suya, pensó que me ayudaría a sobrellevar esto, pero me negué en redondo. Si supiera todo lo que me está pasando en los últimos días, tal vez optase por un psiquiatra. Despierto de mis pensamientos cuando percibo que todos en clase me miran, incluido el profesor.

—¿Tayra? —insiste.

—Lo siento, no estaba escuchando.

Me dedica una larga mirada y no me dice nada; después retoma su explicación y todo esto es mucho peor porque sé que ahora guardará silencio, que no me castigará, pero hablará directamente con el psicólogo del instituto y tarde o temprano esto llegará a mi madre. A ella suelo verla una vez a la semana, siempre que su trabajo se lo permite.

El timbre que indica el final de la mañana viene a mi rescate; solo me quedan un par de horas tras el almuerzo y aún no tengo claro si las llevaré a cabo o no, pero ahora necesito aire fresco. Sorteo a la gente en los pasillos, abarrotados entre clase y clase, y llego hasta la puerta, donde me sale al paso Samuel, mi último y flamante lío.

—¿Vas a alguna parte? —me pregunta—. Aún queda lengua. Podemos practicar en algún sitio. Ya sabes, acabar lo que empezamos el otro día.

—No, gracias.

No le doy tiempo a responder ni presto atención a lo que dice porque mientras yo me alejo él profiere algunas palabras que prefiero no distinguir. No quiero estar sola en este momento, pero tampoco con él, pues si lo miro a la cara sé que veré a Dani y Gabriel todo el tiempo, acusándome de no estar respetando a Alex y si empiezo a pensar ya en este último, me sentiré la mayor basura del planeta, así que de forma inconsciente me acerco a Vika, que permanece sentada sobre el regazo de su novio, mientras los dos amigos de este fuman un cigarrillo.

Como es costumbre, se han sentado en el rincón más recóndito del amplio patio del instituto. Y yo voy con ellos, aunque tardan en percatarse de mi presencia. En esos largos ratos que transcurren antes de que me dirijan la palabra, mostrando así lo insignificante que soy para ellos, me da por pensar por qué me empecino en encajar entre esta gente; hasta que empiezo a mirar al resto y me doy cuenta de que tampoco tengo ya nada

que ver con ellos, así que... ¿qué importa Vika o cualquier otro? Además, de alguna extraña manera ellos se las ingenian para mantener su agenda ocupada durante todo el día, así que... más formas de no pensar. Me fumo un cigarrillo mientras sonrío ante los comentarios de mis «amigos». No estoy prestando atención a lo que dicen, pero tampoco es algo que realmente me importe.

—¡Eh! —De pronto, Vika se incorpora y camina unos pocos pasos. Todos desviamos nuestra mirada hacia aquella a la que ha llamado—. ¡Ángela, ven aquí!

Ángela Swan llega hasta aquí. De aspecto delgaducho y cabello repeinado, la mira con cierto temor. Lleva una gruesa camisa de color salmón, demasiado recia para el clima de hoy y una larga falda marrón. Sobre su nariz aguileña descansan unas finas gafas sin montura.

—¡Vamos, ven aquí, quiero decirte algo! —insiste Vika.

Las risitas de los dos amigos de Antón, cuyos nombres olvido continuamente, evidencian que se están preparando para atormentar a aquella muchacha. Angie se acerca con una sonrisa nerviosa y jugueteando con los dedos, que aferran con fuerza un llavero cargado con una ingente cantidad de llaves. Debe de llevar incluso las del cielo y el infierno. Cuando al fin llega hasta aquí, Vika le echa el brazo por encima.

—¿Qué tal va eso, Angie? —le dice.

—Bien… estoy bien, Vika, gracias. Chicos…

—¿Qué tal? —interviene Antón.

Lanzo mi cigarrillo al suelo y lo piso mientras me echo hacia atrás en mi asiento, apoyando los codos en la mesa de piedra sobre la que los demás están sentados. Entonces miro con lástima a la pobre Ángela. No me gusta la acentuada necesidad de los chicos por martirizar continuamente a unos y otros, pero tampoco es algo que me importe en exceso. Suficiente tengo ya con mi propia desgracia como para pararme a compadecerme por las de los demás.

—¿No tienes calor con esta camisa? —pregunta Vika, mientras se la desabrocha y le hace un nudo por encima del ombligo—. Así está mucho mejor, aún no hace tanto frío.

Los amigos de Antón ríen escandalosamente.

Vika extrae una pequeña navaja de su bolsillo y se la muestra a una

asustada Angie.

—Vika… —murmuro, en un tono apenas audible.

Su novio me mira de una forma en la que consigue ponerme nerviosa. No me gusta.

—No te preocupes —me dice.

—¿Tienes miedo, Angie? —pregunta Vika, en tono jocoso.

Angie parece retener un evidente temblor. Empieza a sudar de forma visible y el manojo de llaves se le cae al suelo.

—No… no… no tengo…

—No debes tenerlo, solo trato de ayudarte.

Vika le corta la larga falda a la altura de la rodilla mientras los secuaces de Antón se ríen cada vez más. En fin, una falda rota y un poco de vergüenza. Yo cambiaría todas mis desdichas por eso. Pero entonces aparece la figura de Gabriel, que le quita la navaja a Vika sin que a esta le dé tiempo a reaccionar.

—¿Qué se supone que estáis haciendo? ¿A parte de imbéciles y superficiales ahora sois matones?

Antón se incorpora y se planta frente a Gabriel.

—Solo queríamos reírnos un poco —responde.

—Me dais asco —exclama Gabriel. Y yo no puedo evitar que se me caiga la cara al suelo de vergüenza—, pero no descubro nada nuevo. O eso creía. —Clava su mirada en mí. Yo no puedo más, me levanto y me marcho en dirección al aparcamiento, pero no tardo en percibir sus pasos detrás de mí, me sujeta del brazo y me obliga a detenerme.

—¿Qué demonios te está pasando?

—Yo no tengo nada que ver con eso.

—Estabas ahí y estabas permitiéndolo.

—No estaban haciéndole nada, solo le han roto la falda, Gabriel. Se

comprará otra y...

—¿Te estás escuchando? La falda es lo de menos, estabais asustándola, humillándola. Tú no eres así.

—¿Desde cuándo te preocupa tanto Ángela Swan?

—Esto no tiene nada que ver con ella, sino contigo. —Está empezando a alterarse y a gritar. Me vuelvo y compruebo que muchos muchachos en el instituto nos están mirando, de modo que retomo la marcha y llego hasta mi coche, pero Gabriel me detiene otra vez, cerrando la portezuela cuando ya la había abierto.

—¿Qué es lo que pasa, Tay?

En medio de todo esto, escucharlo llamarme así me concede una vía de escape, un respiro porque aunque probablemente no lo sea, lo tomo como un acto de complicidad, de cariño.

—¿Qué es lo que quieres? —le pregunto tratando de calmarme—. No creo que hayas venido hasta aquí para echarme la bronca, ¿no?

—He venido porque el tutor de Dani me ha llamado. Mi padre no está bien, así que vine yo.

—En ese caso, es mejor que vayas. Será mejor que no hagas esperar a...

Abro de nuevo la portezuela del coche y me detengo cuando vuelvo a escuchar su voz.

—Ya he hablado con él —responde—. ¿Todo esto por Alex?

Coloco las manos sobre el techo del coche y por primera vez desde que todo esto sucedió siento ganas de dejarme caer al vacío sobre el que vivo; no sería la primera vez que me precipito, pero siempre ocurre de manera involuntaria, luchando y siendo derrotada por mi propia resistencia. Hoy, algo en mí me pide una tregua y cuando me vuelvo percibo una lágrima resbalando a través de mi cara.

—Tayra... —murmura él. Se apoya también sobre el coche que hay aparcado junto al mío. No es el suyo.

—No puedo con esto, Gabriel. No puedo.

Me dedica una larga mirada y asiente débilmente.

—Claro que puedes, claro que podemos y no solo eso, se lo debemos a

Alex.

—Esta mañana he estado a punto de tener un accidente con el coche en el mismo lugar. Mi hermano iba conmigo. Creí... creí haber visto a un hombre. Y anoche en la Cala... creí haber visto a una chica en lo alto del faro, pero Dani estaba conmigo y él afirma que no vio a nadie. Me estoy... me estoy volviendo loca —añado sonriendo; es una risa nerviosa y no puedo negar que estoy asustada.

Gabriel se yergue y se me acerca, sujeta mi cara entre las palmas de sus manos.

—No estás loca, Tayra. Todo esto es muy difícil, pero tienes que poner voluntad en salir adelante. Y no te estoy hablando de juntarte con suicidas, con torturadores o con... entes sin signo de vida inteligente.

No puedo evitar sonreír; esa es la forma en la que Alex calificaba a Samuel. Bajo la cabeza, avergonzada.

—Él no significa nada —balbuceo—. Ninguno significa...

—Tayra, tienes solo diecisiete años y sé que habrás de rehacer tu vida, conocer a otros chicos, pero...

Niego con la cabeza, con fuerza, con vehemencia. Abrirme a esa posibilidad implica aceptar la realidad y tal vez el problema en mí esté en que no quiero aceptarla. Quizás sí construir otra encima, desdibujar la verdadera, pero aceptarla no, enterrar a Alex y despedirme para siempre de él sería algo que no soportaría y es, en parte, lo que me está pidiendo Gabriel.

Él sonríe y me abraza con fuerza. Y hasta este momento no sabía lo mucho que necesitaba un gesto cómplice de alguien para quien Alex significase tanto como para mí porque no me está reprochando nada, como hizo Dani aunque seguramente la actitud del pequeño de los Walcott sea más comprensible que la del mayor.

—Podemos superar esto —insiste—, pero es necesario poner voluntad en ello, Tay, entender que no estamos solos, que todos necesitamos a alguien que tire de nosotros en momentos así.

Me aparto despacio, lo miro y solo ahora reparo en que parece agotado, cansado. Sé que su padre está enfermo y la muerte de su hijo le habrá hecho un flaco favor a su enfermedad. Al parecer, Gabriel ha de hacer las veces de padre con Dani a pesar de que solo tiene tres años más que él; hoy viene a hablar con su tutor al instituto y anoche fue a buscarlo a la

Cala, como haría un padre preocupado al enterarse de que su hijo está en el lugar equivocado. ¿Pero quién ha tirado de él?¿Quién lo ha ayudado a salir adelante? Gabriel conducía el coche en el que todo sucedió, él sufrió el accidente al intentar evitar un atropello, tal y como yo pensé que iba a ocurrirme a mí, pero ha sido, probablemente, el que más solo ha estado. A veces me pregunto si se sentirá culpable, si al igual que me sucede a mí le reconcomerán por dentro mil opciones distintas de lo que pudo decir o hacer aquel día para que las cosas no desencadenasen en la tragedia que resultaron. Y esa posibilidad lo hace todavía peor.

Miro sus ojos claros y no sé cómo he podido obviar la tristeza y el dolor que se esconde en ellos. Y de pronto reparo en que si existe un dolor mayor que el de la pérdida con la que cargo yo, es el de esa misma pérdida, con la que también carga él, acentuada por el sentimiento de culpa, la incomprensión de los demás y la ausencia de apoyo.

—Tengo que irme. —Su voz me hace despertar aunque la escucho amortiguada, como si estuviera a mil kilómetros. Yo asiento—. Cuídate, Tayra y no hagas disparates, ¿vale?

Se aparta despacio y camina hasta su coche, aparcado unas cinco plazas más allá. Reparo entonces en la figura de un hombre que permanece inmóvil junto al vehículo. Me mira fijamente y mantiene sus manos en los bolsillos. Ha de tener alrededor de los sesenta años, espesa barba cana y ojos pequeños e inquietantes. Se aparta cuando Gabriel llega y desvía su atención hacia él. Luego me mira a mí de nuevo.

—Gabriel —lo llamo, inquieta por la pinta de ese tipo.

Él se detiene con la puerta de su coche abierta y me mira. El extraño sonríe, da media vuelta y desaparece pasando por delante de él, que no le presta la mayor atención.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

—Nada, creí que ese tío... Bueno, no importa.

—¿Qué tío? —Mira a su alrededor y parece incapaz de ver al hombre que tuerce la equina enfundado en su gabardina.

—No me hagas caso —murmuro—. Cuídate.

Él me mira mientras yo me meto en el coche y prendo el

contacto. Me siento aturdida y mareada, pero no quiero dar más evidencias de mi lamentable estado, así que sea como sea, me largo.

Capítulo 2

2. Una luz, una guía

Ha pasado poco de más de un mes desde la noche en el faro, mi pseudodiscusión con Dani y el encuentro con aquella extraña chica que solo yo creí ver. Y ese fue solo el primer capítulo de una larga serie porque luego fue el turno del hombre que estuve a punto de atropellar y se esfumó, y de aquel otro que aguardaba a Gabriel junto a su coche en el aparcamiento del instituto. Tras ellos han venido muchos más. Prácticamente a diario, experimento esos misteriosos encuentros con los que estoy aprendiendo a vivir. A veces esas personas parecen centrar en mí su atención, como aguardando una palabra, un gesto. En otras ocasiones parecen totalmente ajenas a mi presencia, sumergidas en su propia rutina e indiferentes a mí y a todo lo que las rodea. Y en el peor de los casos, las hay que me agreden de forma inexplicable y sin mediar palabra. Por suerte, no he necesitado demasiadas excusas para justificar heridas. No he sido nunca una persona conflictiva, pero en los últimos tiempos sí me he visto inmiscuida en algún lío del que tuve que salir a golpes. Sin embargo muchos asocian mis continuas magulladuras al cambio de actitud que he experimentado.

Con Gabriel he vuelto a hablar un par de veces. Sorprendentemente se ha mostrado preocupado y atento, al contrario que Dani, que debe seguir maquinando un plan para llevar a cabo su particular venganza, pues él asocia mi cambio de actitud a un desenmascaramiento de mi verdadera personalidad; cree que no le he guardado la más mínima consideración a su hermano, que no lo he respetado y entiendo que eso es lo que puede parecer desde fuera; es más, esa es la imagen que en cierto modo he querido proyectar; no la de alguien que le esté faltando al respeto a Alexander, pero sí la de alguien que puede salir adelante, que no está hundida. Ni siquiera sé por qué, ¿qué ha de importarme lo que piensen? ¿por qué me molesta que me vean vencida, si es como realmente me siento? La verdad es que desde que todo esto sucediera, he perdido la perspectiva de las cosas; actúo sin saber por qué lo hago, me arrepiento y caigo en lo mismo de nuevo. Soy consciente de todo, pero trato de ignorar la realidad, pues no tengo ni fuerzas ni ganas para enderezar la particular y zozobrante nave de mi vida. En las últimas semanas, además, supone para mí un gran esfuerzo mantener una conversación con alguien mientras rostros que nadie más ve, me perforan con la mirada, pero no pienso darle el gusto a mi madre o a mi abuela de confesar eso. Me tomarían por loca, si es que realmente no lo estoy, creerán que todo es consecuencia de ese capítulo de mi vida que no he logrado superar y cabe la posibilidad, incluso, de que acaben por internarme en algún sanatorio,

algo que sí acabaría por hundirme del todo.

Esta noche, en el instituto se celebra un baile por el aniversario de su fundación. Los alumnos de todos los cursos están invitados y aunque siento que no tengo ningún interés en acudir, no dejará de ser una ocasión para hacer algo diferente y desconectar, al tiempo que paso un rato entretenido. Me sitúo ante el espejo y de nuevo, como ya me sucediera hace algunas semanas, me cuesta reconocerme, aunque en esta ocasión es por todo lo contrario: me he molestado en arreglarme un poco y parece que aunque pugne lo indecible por lo contrario, la Tayra de siempre sigue en algún lugar. Me sorprende comprobar que me gusta.

El «clic» de la aguja del reloj al marcar una hora exacta me avisa de que ya son las nueve. La brisa de la noche penetra a través de la ventana, cuya persiana continúa igual que la dejé por la mañana, entreabierta. Permanezco sentada sobre la cama con la mirada clavada en el suelo. Mi abuela entra silenciosamente y se cruza de brazos frente a mí, no en actitud de enfado, sino más bien de preocupación. Aunque al verme, no tarda en esbozar una sonrisa.

—Estás preciosa —me dice.

—Gracias —respondo sin mirarla.

Me pongo en pie y me coloco la chaqueta blanca que sostenía en mis manos.

—Tayra, me gustaría hablar contigo.

—Ahora tengo que salir, abuela.

—Serán solo unos minutos. Cariño, sé que las cosas no han sido fáciles, pero...

—No pienso ir a ver a ningún psicólogo si es ahí adonde quieres ir a parar.

—No significa nada malo, Tayra.

—No me esperes levantada.

Cojo el bolso y abandono la habitación.

*****

Todo en el baile es deprimentemente previsible. Lleva realizándose cada año desde hace muchísimo tiempo, desde antes incluso de que yo empezase a estudiar aquí y de forma sistemática se repite absolutamente todo. El decorado, las luces, las temáticas, los lemas que cuelgan desde las paredes; la misma música. Todo es tan desesperadamente repetitivo que me aterra percibir que esta vez algo es distinto. Porque sé perfectamente qué lo hace diferente: la ausencia de Alex.

A pesar del bodrio de baile, pocos, por no decir ninguno se lo pierde. La sala, como siempre, está demasiado atestada, así que nosotros permanecemos en la escalera de entrada. La noche es más bien fría, pero el calor apabullante que sale del instituto cada vez que se abre la puerta del gimnasio nos confirma que estamos mejor aquí. Vika lleva ya un buen rato besuqueándose con Antón ante los murmullos y risas de los amigos de este último. No cuchichean sobre ellos, pero tampoco tengo la más remota idea de cuál es su tema de conversación, puesto que no lo comparten conmigo. Es evidente que aún no me tienen por uno de los suyos y que solo me aceptan por lo que parece ser un capricho de Vika, la novia del «líder de la manada». Tampoco es que me importe demasiado lo que sea que hablan, pues es el tercer vaso que vacío y admito que estoy un poco mareada. No acostumbro a beber —probablemente sea uno de los pocos vicios reprobables que no pongo en uso— y prefiero que me dejen en paz. Pero al cabo de un buen rato, Vika me echa el brazo por encima del hombro y deja escapar el humo de su cigarrillo prácticamente en mi cara.

—¿Sabes que ya estás oficialmente en el club? —me pregunta.

Toso un poco, abrumada por el humo.

—¿En serio?

—Sí. El salto en el faro fue definitivo, así que Antón te tatuará el lema y serás «una di noi».

Le da otra calada a su cigarrillo mientras yo observo a su novio. Su pelo negro le cae desordenado sobre los ojos; luce barba de pocos días y un aspecto que nunca ha dejado de sobrecogerme. No dista demasiado del de Vika, pero a ella la conozco desde siempre y supongo que en él influye esa distancia que siempre impone entre su persona y los demás, una barrera infranqueable para casi todo el mundo, incluidos algunos miembros de su particular pandilla. Quisiera preguntar si es realmente necesario ser marcada como un venado, pero sé que sí y no quiero

parecer una cría estúpida y con remilgos.

—Genial —respondo al fin.

—Podríamos largarnos de esta mierda de baile y hacerlo esta noche, ¿qué te parece?

La miro, sorprendida. ¿A qué viene tanta prisa? No. ¿A qué vienen mis reparos? ¿no es esto lo que quería? ¿sentirme parte de algo? Llevo haciendo estupideces varios meses buscando esta meta y ahora que la he conseguido, siento náuseas. Mi meta no era el tatuaje, pero sí ser digna de pertenecer a esta pandilla con la que no encajo en absoluto. Me siento completamente perdida y no acierto a responder, solo me incorporo y camino un buen trecho hasta que he rodeado la amplia fuente circular que se sitúa justo a la entrada del instituto. Desde la columna de piedra que se alza en el centro, resbala un pequeño chorro de agua, que descarga en forma de cortina sobre una bandeja inferior para, finalmente, terminar muriendo en un tercer y último nivel. Busco algo en mi bolsillo mientras fijo la mirada en una recién llegada. Otro de esos misteriosos espectros o lo que quiera que sean. La observo hasta asegurarme de que no va a tratar de hacer nada y tan pronto como compruebo que es solo una de esas que me mira durante un largo rato, continúo buscando con despreocupación hasta que doy con las llaves del coche.

—¿Sabes? —le digo—, he visto esto en una película. ¿Qué eres, un espíritu perdido o algo así? Porque si es eso me temo que yo no puedo ayudarte, así que ¿por qué no me dejáis en paz?
Me mira sin abrir la boca.

—Claro, olvidaba que estás en el grupo de los mirones. Tú no hablas.

Me siento tan mareada que ni siquiera me importa que el espectro siga ahí, tal es la naturalidad que he llegado a concederle a la situación. Entierro mi cara entre mis manos y trato de abstraerme de todo. Pero algo de pronto atrae mi atención: los gritos de unas chicas, sentadas en el otro extremo del camino que conduce hasta el edificio central del instituto. Piropean sin reservas a un joven que camina directamente hacia aquí. Aun a cierta distancia tengo tiempo para observarlo detalladamente. Viste una camiseta blanca de cuello alto que se ciñe por completo a su cuerpo; unos vaqueros claros, que en contraste con los que yo llevo habitualmente, están en perfecto estado. Camina con determinación, con las manos metidas en los bolsillos de una sobria cazadora de cuero negra. Su cabello, también oscuro, se mueve suavemente por el viento que se está levantando. A medida que se aproxima, sé que ese chico no estudia en el instituto; incluso para mí, que vivo ausente a buena parte de aquello que me rodea, hubiera sido imposible no reparar en alguien así. Sonríe de forma tímida, consciente de todo cuanto aquellas jóvenes, que resultan ser el equipo de animadoras, le gritan. Sin embargo no vacila ni disminuye

su paso; sigue acercándose hasta aquí, lo que hace que se me encoja el estómago y me sienta estúpida. Al llegar, se sienta junto a mí en el borde de la fuente. Me mira largamente y en silencio hasta que al final habla:

—¿Tayra Clayn? —pregunta de forma tajante.

Lo miro, atónita ante el hecho de que sepa mi nombre.

—¿Te conozco?

—¿Nos podrías dejar solos? —pregunta él sin dejar de mirarme. Frunzo el ceño—. No me gusta tener público en una conversación privada —añade mientras voltea la mirada hacia la espectral joven, que sigue observándome. Ella da media vuelta y se marcha, pero eso no es lo extraño ni lo llamativo.

—¿La… la ves? —pregunto, incrédula.

—¿Me acompañas? Aquí hay demasiada gente —se limita a contestar él, mientras pasea la mirada por el lugar.

—¿Acompañarte? ¿Adónde?

—A mi casa.

Sonrío, incapaz de dar crédito a esto.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No te estoy tomando el pelo en absoluto —responde él.

Mantiene sus ojos azules clavados en los míos, con una seguridad que casi intimida—. ¿Me acompañas?

Aún vacilo durante unos segundos más en los que sopeso el panorama: puedo mantenerme en esta aburrida fiesta que se me está haciendo asfixiante; puedo volver a casa y soportar el exhaustivo análisis al que mi abuela, despierta todavía y anhelante de hablar conmigo, me someterá mientras me dedica esa mirada aterrada que me enervaba. ¿Hay alguna otra opción? Sí, marcharme con este extraño que, sin saber cómo ni por qué, ha venido a buscarme. En medio de esta surrealista e incluso peligrosa situación, acuerdo que es justo lo que solicito: algo nuevo y emocionante, sin preguntas, sin compromisos y no exento de una enorme falta de cordura.

—Claro…—respondo al final—. ¿Por qué no?

Nos ponemos en pie y caminamos con determinación hacia la salida de la propiedad. Bueno, con determinación él, porque yo voy tambaleándome hasta que noto su mano en mi cintura, ayudándome. Al ir acompañado de mí, las animadoras del equipo de baseball que antes le habían dedicado todo tipo de lindezas, se limitan únicamente a parlotear por lo bajo. Ahora camino por detrás de él, con las manos metidas en los bolsillos. A esta hora, la calle está prácticamente desierta y solo algún coche cruza la avenida en dirección a las urbanizaciones de las afueras. Él cruza la calle con ligereza y prende, desde la llave electrónica, la cerradura de un carísimo coche rojo, que permanece perfectamente aparcado. Su aspecto no puede ser más llamativo.

—¿Es tuyo? —pregunto, atónita.

—Sí —responde él con una sugerente sonrisa.

Entro a través de la puerta del copiloto y pronto compruebo que el interior del vehículo es tan moderno como el exterior. La tapicería blanca e impoluta parece que nunca haya llevado a nadie sentado sobre ella; los espejos y cristales tintados resplandecen con un brillo casi cegador y el sonido envolvente del reproductor de cd’s emite con total nitidez la música que lleva puesta, algo muy distinto a lo que yo suelo escuchar, mucho más pausado y relajante.

—Por cierto —dice él mientras prende el contacto—, mi nombre es Asalian, aunque puedes llamarme As.

—El mío ya lo sabes, aunque sigo sin saber cómo ni por qué.

Él se limita a guiñarme el ojo y hunde el pie en el acelerador.

La agresiva conducción de As —nombre nada convencional— tiene poco que envidiarle a la mía. En apenas diez minutos hemos dejado atrás Tildan City y nos desviamos a través de un angosto camino rural que sacude a un coche en absoluto preparado para ese tipo de terreno. Me siento ridícula por el pensamiento que surca mi mente en esta situación: me dirijo hacia algún lugar apartado del centro de la ciudad con una desconocido que ha venido directamente a buscarme a mí y yo solo puedo sentirme horrorizada por el trato que él le está dispensando a su magnífico coche. Para mi absurda tranquilidad, pronto el camino vuelve a estar asfaltado y el trayecto se hace más plácido. Es ya la recta final del trazado y enseguida visualizo una fantástica casa de aspecto moderno y señorial que se alza sola en mitad de este paraje idílico.

Ni siquiera tenía conocimiento de su existencia. La oscuridad me impide admirar con claridad el entorno, pero casi siento que puedo percibirlo. El

cielo estrellado y la luna en fase creciente, ayudan en ese propósito ofreciendo una buena iluminación a la zona. Las montañas recortadas contra el cielo de color carbón parecen cercar el terreno a uno y otro lado. No puedo verlo cuando bajo del coche, pero el mar ha de quedar muy cerca, ya que escucho el sonido de las olas golpear con claridad. Hemos dejado atrás unas altísimas puertas metálicas que se abren solas a la llegada del coche de As. Se cierra a nuestras espaldas mientras él ha aparcado el vehículo entre otros dos, a cual más llamativo. Un descapotable de color azul metalizado y un deportivo plateado custodian el coche rojo en el que hemos llegado. Aquí la iluminación es mayor. Unas pequeñas lamparillas que parecen emerger desde el suelo, flanquean un caminito de piedra que llega hasta la puerta de entrada. Emiten un tenue resplandor anaranjado, que proyecta unas enormes sombras a nuestro paso.

As sale del coche con decisión y sonriéndome, camina sobre el empedrado trazado al tiempo que saca las llaves del bolsillo de su pantalón. Yo lo sigo, viéndome obligada a acelerar el paso para darle alcance. Nos detenemos en la puerta mientras él abre.

—¿Dónde están tus padres? —pregunto yo.

—¿Mis padres? Lejos.

—Sigues sin decirme por qué sabes mi nombre.

Y no parece tener intención de hacerlo. Me mira y se aparta para dejarme entrar mientras contemplo, sin salir de mi asombro, el interior de la moderna casa. He dejado atrás un arco de piedra que corona la entrada a un enorme salón, donde el blanco es el color predominante. En el centro de la estancia se sitúan tres sofás de ese color encarados hacia una pequeña mesa cuadrada de cristal, con un coqueto centro de flores adornándola. Por detrás del sofá que queda encarado hacia la puerta, hay otro, respaldo con respaldo, que da a una enorme pantalla de plasma anclada en la pared. A la derecha de los sofás se ubicaba una larga mesa con seis sillas milimétricamente dispuestas. Una enorme chimenea de piedra que permanece apagada, debe ser suficiente para mantener caldeada la habitación.

Camino frotando mis brazos con mis propias manos. La temperatura allí es agradable, pero en la calle, al anochecer, es bastante más baja. Me acerco hasta una enorme cristalera que se abre a la izquierda del salón y que da a un amplio jardín, donde se dispone una mesa redonda de mimbre y algunas sillas recogidas una sobre la otra. Algo más allá creo estar viendo una piscina llena a rebosar. Al lado de la cristalera hay un piano en el que se abría una partitura de alguna canción desconocida. De

niña había dado clases de piano y aunque no tardé demasiado en dejarlo, logré memorizar algunas canciones. Dos grandes lámparas se descuelgan desde los altos techos cayendo, una sobre la mesa de madera clara y otra, por encima de los sofás. Las paredes están forradas con interminables estanterías cargadas de libros.

Después de mi detallada inspección, me vuelvo y observo a As, apoyado en el marco de la puerta, de brazos cruzados y con una sonrisa de autosuficiencia.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Es genial —respondo.

As entra y camina hasta llegar junto a mí, que aguardo aún de pie. Se quita la cazadora y la deja caer sobre el sofá. Toma asiento y tras una leve vacilación, yo hago lo mismo. Me mira, pero no me hace sentir nerviosa; hace mucho tiempo que estar junto a un chico y ante la posibilidad de que pueda pasar algo no me despierta nada. Me acerco a él y estoy a punto de besarlo, pero él se aparta. La intensidad en su mirada, resulta sobrecogedora; me acaricia la cara con un dedo y noto un leve pinchazo cuando me toca el pómulo, pues ahí fue a parar uno de los últimos mamporros de mis invisibles visitantes. O casi invisibles, porque él los ve. Cierro los ojos, incapaz de moverme, me siento bloqueada, avergonzada ante el hecho de que me haya esquivado. ¿Qué debe de estar pensando? Aunque... ¿acaso me importa? As me mira y sonríe.

—¿Por qué viniste a buscarme? —pregunto con apenas un susurro—. ¿Cómo sabes quién soy? ¿Y por qué pudiste ver a esa chica?

Hace más amplia su sonrisa.

—Haces demasiadas preguntas y es tardísimo —responde en el mismo tono.

—¿Tardísimo? ¿Y qué pretendías trayéndome hasta aquí? ¿que nos vayamos a dormir?

—¿Pretendías tú otra cosa?

Me quedo mirándolo. No entiendo nada. Y todo se hace aún más complicado cuando a través de la puerta desde la que llegamos, asoma una chica de cabello rubio y rizado; ojos oscuros. No puedo dejar de observar que es guapísima y al vernos se detiene y alza una ceja. As juguetea con un mechón de mi pelo, que suelta con despreocupación.

—¿Interrumpo? —pregunta ella.

—No —responde As—. La guía —añade—. Aunque no se encuentra muy bien.

—Ya veo...

La chica camina hacia mí.

—Hola, soy Diorah.

—Ta... Tayra.

—Lo sé.

¿Ella también? Me coge de la mano y hace que me incorpore. Estoy a punto de tropezar con las piernas de As, pero él me sujeta sin borrar su sonrisa de la cara. Cuando llegamos de nuevo a la puerta, aparece otro chico: cabello rubio, a la altura de los hombros y ojos azules, más claros que los de As y expresión serena. Diría que es algo más alto que él, aunque no estoy segura y aunque no tengo claro qué es ni por qué me causa tal efecto, me quedo prendada de él, incapaz de apartar la mirada de su rostro perfecto, de sus labios, de sus ojos, de su figura. Es, incluso, más guapo que Asalian aunque ni siquiera me saluda.

—Hola —balbuceo yo.

Pero no hay tiempo para más palabras; Diorah sigue tirando de mí y me conduce a través de un largo pasillo, a cuyo final ascienden unas escaleras de madera. Me arrastra hasta el piso superior y avanzamos a través de otro pasillo, con puertas a la derecha y enormes ventanales a la izquierda. Accede a una de las habitaciones y aún con mil dudas martilleándome en la cabeza, entro en ella. No es demasiado grande: una cama, un armario, un escritorio y una larga estantería vacía constituyen un mobiliario adusto, modesto, pero bien dispuesto y de aspecto acogedor. Al fondo, la fina cortina de gasa se mece al antojo de la fresca brisa nocturna que penetra a través de la ventana abierta.

—Esta será tu habitación. Aquí dormirás esta noche —me dice Diorah.

Hace ademán de marcharse, pero la sujeto del brazo.

—Espera —exclamo—. ¿De qué va todo esto? ¿Quiénes sois?

—Será mejor que esta noche descanses y mañana te lo contaremos todo.

¿Tendrías problema para pasar la noche fuera de tu casa?

La miro, confusa, incapaz de responder. Niego de forma apenas perceptible con la cabeza.

—¿Es... es tu novio?

Ahora es ella la que me mira con una expresión que no sé definir.

—¿As? —responde al fin—. No. ¿Por qué? ¿Te gusta?

—No. —He contestado demasiado rápido y seguro que está pensando que sí, aunque no me importa. No les conozco de nada y lo que piense me resulta indiferente; además, sigo sin entender absolutamente nada de lo que me está ocurriendo esta noche y lo que inicialmente iba a ser un lío en casa de un desconocido acaba convirtiéndose en una situación surrealista.

—Bien —murmura Diorah, despertándome de mis pensamientos.

—Oye, no voy a quedarme aquí a dormir si no me dices de qué va todo esto.

—Tiene que ver con esas... presencias que solo tú ves. Te explicaremos quiénes son y por qué los ves. Creo que es una buena razón para echarle un poco de paciencia a todo esto, teniendo en cuenta que esta noche no estás en las mejores condiciones para hacerlo. Ahora es tarde, Tayra. Descansa.

Diorah desaparece cerrando la puerta tras de sí y dejándome sumida en un mar de dudas. Compruebo la comodidad del colchón mulléndolo con las manos y después camino hasta la ventana mientras paseo la mano sobre la suave madera del escritorio. Cuando me asomo, el viento frío de la noche mece mi cabello y me introduce en una agradable sensación de tranquilidad. Estoy en medio de ninguna parte y aquí el aire se respira puro y limpio, llevándose consigo cualquier lugar, cualquier rostro que pudiera asociar con algún recuerdo negativo. La sombra de las montañas se hace más clara con la nueva posición de la luna, y el agua de la piscina resplandece con un brillo casi cegador, como si la ingente cantidad de estrellas que salpican el cielo oscuro, pudieran reflejarse sobre sus aguas. De pronto lo que me había parecido una situación surrealista e incómoda se ha tornado en una vía de escape que llevo tiempo necesitando, lejos de cualquier persona que me exija explicaciones por cada movimiento que doy. Aquí más bien soy yo quien necesita comprender ciertas cosas aunque en este momento, ni siquiera eso me importa. Solo quiero dejarme llevar. Me tiendo sobre la cama y clavo mi mirada en el techo, un blanco lienzo que me permite dejar la mente del mismo color. Es como si en este lugar, la lógica funcionase de un modo distinto, los pensamientos

no me arrastran siempre al mismo punto. Quizás esté demasiado nerviosa para eso.

Cierro los ojos y trato de relajarme, pero la puerta se abre de nuevo y me siento como un resorte sobre la cama; demasiado rápido, pues la cabeza empieza a darme vueltas y percibo que voy a vomitar. Reparo entonces en una chica de cabello rojizo y rostro pálido. Está fumando y me mira con curiosidad mientras cierra la puerta tras de ella.

—Sabía que habían traído a alguien más.

—¿Quién eres tú? —logro preguntar.

—Me llamo Raquel. ¿Tú también ves fantasmas? —me dice, mientras se deja caer a mi lado en la cama.

—¿Cómo?

—¿Por qué otra cosa, si no, ibas a estar aquí? ¿Cuánto haces que los ves?

Cuando logro reaccionar ante el hecho de que ella también conozca de la existencia de los espectros, suspiro y respondo:

—Unos dos meses. ¿Y tú?

—Tres semanas y estoy a punto de volverme loca. Eres mi heroína...

Me ofrece su cigarrillo y niego con la cabeza; estoy tan mareada que no podría ni darle una calada.

—¿Te lo han hecho ya? —pregunta, mientras sigue fumando.

—¿Hacerme el qué?

—El lavado de cerebro. No creo... —murmura mientras me mira—. Tienes un aspecto horrible.

—¿De qué estás hablando?

Raquel mira a la puerta y se acerca más a mí.

—¿Sabes que son ángeles? —murmura sin apenas voz.

—Ángeles... —repito yo.

Ella asiente con vehemencia.

—Vienen de un mundo llamado Etérea y pueden hacer cosas increíbles. Cuando te hagan el lavado de cerebro, créeme, no querrás despertarte nunca más.

—¿A qué te refieres?

—Vemos a esos fantasmas porque tenemos un don o algo así; se supone que entre los dieciséis y los veinte años es cuando más desarrollado está en los humanos que lo poseen. Somos lo que ellos llaman guías o luces. Los fantasmas vienen a nosotros porque saben que podemos verlos y creen que podemos ayudarlos.

—¿Ayudarlos a qué?

—No lo sé —responde, mientras se en coge de hombros—. Pero ellos harán que dejes de verlos, te lavarán el cerebro y de paso harán que lo olvides todo, a los fantasmas, esta noche y a ellos mismos. No recordarás haberlos visto nunca.

—Eso sería todo un detalle —respondo, con cierta sorna. No estaría de más poder dejar toda esta locura atrás, pero creo que esta chica está peor que yo.

Se levanta de la cama y camina hasta la ventana.

—¿Le has visto? —pregunta, antes de volver a darle otra calada a su cigarrillo.

—¿A quién? ¿As?

Niega con la cabeza.

—Deos —susurra—. ¿No es la criatura más perfecta que has visto en tu vida?

Con un poco de esfuerzo me levanto y, apoyándome sobre el escritorio, llego junto a Raquel. La ventana da al jardín que divisaba desde la cristalera del salón; es enorme, pero lo que centra nuestra atención son las dos figuras que están hablando bajo la penumbra: uno es Asalian y el otro es ese chico al que apenas me he cruzado en el salón. Responde al nombre de Deos, según Raquel. Lo cierto es que tiene razón; es guapísimo.

—Condenada a olvidarle... —murmura ella—. ¡Ja!

La miro y me muestra su antebrazo, donde tiene apuntada una dirección.

—¿Qué es eso?

—La ubicación exacta de este lugar. Según me han dicho, en pocas horas, lo habré olvidado todo; incluido a él. ¿Crees que voy a aceptarlo? Sé perfectamente que le gusto, sé distinguir el mensaje subliminal de una sonrisa y de una mirada. Y estoy decidida a que sea mi marido.

Sonrío y niego con la cabeza, lo cual me hace sentir peor. Apoyo mi espalda en la pared y me dejo caer hasta el alféizar de la ventana, enterrando mi cara entre mis manos.

—Estás chiflada... —murmuro, con la voz amortiguada.

Ella se agacha delante de mí; lo distingo al oírla hablar de nuevo:

—Puede que esté chiflada, pero cuando haya olvidado todo esto, encontraré la dirección apuntada en mi brazo, vendré para comprobar qué es y nos reencontraremos, de modo que mantente alejada de él.

Yergo la cabeza.

—No me interesa lo más mínimo.

—Ya... Más te vale.

Por fin se levanta y se va. Y yo agradezco interiormente el silencio en el que queda sumida la habitación. La distancia que me separa de la cama me parece ahora mismo un mundo, pero es mi gran meta, pues lo mejor que puedo hacer ahora es dormir durante unas cuantas horas. Sin embargo no puedo evitar dirigir una última mirada al jardín. As parece estar reprendiendo a Deos por alguna razón que no alcanzo a escuchar, le da un empujón, le advierte con un dedo y se va. Él permanece en silencio e inmóvil durante unos segundos. Luego alza su mirada hasta mi ventana y me quedo bloqueada al encontrarme con sus ojos. Raquel tiene razón en que es guapísimo, pero ha dicho tantos disparates que prefiero olvidarlo todo, incluido a él. Cierro la cortina y me desplomo en la cama.

*****

Cuando abro los ojos, la luz del sol penetra ya con fuerza a través de la ventana, que continúa abierta. Me desperezo aún con algo de sueño y me paso las manos por la cara. Siento un leve dolor en el pómulo, cuya herida ha empezado a adquirir ya un tono grisáceo; nada comparable con el dolor de cabeza que tengo. Casi debo reprimir el gesto automático de volverme hacia mi derecha para contemplar la hora en el despertador de la mesilla de noche. En esta habitación, esta está ubicada a su izquierda, aunque no hay reloj. Entonces recuerdo la extraña vivencia de la noche anterior, recuerdo a Asalian y Diorah, a ese otro chico, Deos; recuerdo a Raquel.

Me siento sobre la cama y me incorporo, caminando hacia la puerta. Cuando salgo, entrecierro los ojos, abrumada por la inmensa claridad que penetra a través de los ventanales y que recorre cada rincón del pasillo. Tan pronto he acostumbrado la vista, echo a andar en la misma dirección por la que había llegado la noche anterior. Bajo, dubitativa las escaleras y llego al pasillo, más estrecho que el de la planta superior, que conduce hacia la salida y el salón. Pero no me hace falta seguir avanzando. Antes topo con la cocina, ubicada a mano derecha y allí me encuentro con las figuras de Asalian y Deos. El primero de ellos permanece sentado sobre la encimera con una taza de algo humeante en la mano, mientras que el segundo permanece apoyado sobre la mesa. Percibo la misma tensión entre ellos que creí detectar la noche anterior. Reparan en mi presencia de inmediato y ponen punto y final a lo que sea que estaban hablando.

—Buenos días —me saluda As.

Deos se marcha en ese momento sin abrir la boca. Casi me resulta difícil creer que haya sonreído en algún momento, tal y como Raquel aseguró, cuando ni siquiera es capaz de mostrarse educado.

Asalian da un saltito desde la encimera y se coloca al otro lado de la misma, ya que el mueble es una especie de barra-bar frente a la cual se ubican tres taburetes. Al otro lado de la puerta, pegada a la pared hay una mesa para cuatro comensales, y al fondo, una cristalera de mucho menor tamaño que la que hay en el salón, permite la feroz embestida de la luz. Me siento sobre uno de los taburetes y tomo el vaso con leche que Asalian me ofrece.

—¿Cómo has dormido? —me pregunta.

Tenerlo frente a mí resulta imponente. Físicamente es perfecto, al igual que Deos y casi tengo que hacer esfuerzos por tratar de recordar si tomé algo la noche anterior que pudiera estar produciéndome un efecto alucinógeno o algo por el estilo. No di ningún crédito a lo que Raquel me contó, salvo por el hecho de que pudiera hablarme de los fantasmas, pero

estando frente a As, la alocada teoría de que es un ángel sale a flote y no pierde fuerza. Bien podría serlo.

—Supongo que no puedo quejarme —respondo—. ¿Vais a contarme por fin de qué va todo esto?

Asalian vuelve a rodear la barra y se sienta a mi lado. Suspira.

—Vale, es algo difícil, pero si has visto a todas esas personas a las que pensabas que solo tú podías ver, supongo que estarás abierta a creer en determinadas cosas.

Asalian coloca dos lápices juntos sobre la encimera.

—¿Crees en otros mundos? —pregunta de pronto.

Lo miro sin comprender.

—¿Qué?

Él sonríe.

—Que si crees en otros mundos.

—¿Te refieres a otros planetas o… a la vida tras la muerte?

—Ambas cosas…, supongo. No dejan de ser mundos diferentes a este.

Permanezco pensativa durante unos pocos segundos, mientras sostengo el vaso de leche apoyado en mi rodilla.

—¿Quién sabe? Supongo… que pensar que no, sería un tanto egocéntrico y tampoco creo… que la muerte sea el fin. —Esto último es más una necesidad que un pensamiento sincero.

—Está bien, imagina que esta eres tú ante la decisión de cruzar o no una carretera —continúa señalando de nuevo los lápices colocados en paralelo—.Viene un camión y debes elegir entre hacerlo ahora o esperar. Eliges cruzar. Inmediatamente al tomar una decisión ante una disyuntiva se abre una dimensión paralela en la que tu decisión fue la contraria, esperar. —Asalian mueve uno de los lápices, en un ángulo de unos 45 grados—. Aquí el autobús te arrolla y te deja hecha una papilla, «Game Over». En la otra dimensión esperaste y por tanto, Tayra Clayn continúa con su fascinante existencia sin más. Pero imagina que ocurre algo que no debería ocurrir y la Tayra que decidió esperar se cuela en el mundo de la que falleció.

Cruza los lápices en forma de «X».

—¿Adónde quieres llegar con todo esto?

—Esas personas a las que ves en cualquier parte y en cualquier momento...

Asalian guarda silencio y me mira con curiosidad, tratando de descubrir si soy capaz de atar por mí misma todos aquellos cabos sueltos, pero yo no entiendo nada.

—Raquel dijo que son personas que creen que podemos ayudarlas porque tenemos un... don.

—¿Has hablado con ella? —pregunta, arqueando una ceja.

Yo asiento.

—También dice que sois ángeles. ¿Es verdad? —pregunto con sorna.

—Algunos de esos fantasmas a los que nosotros llamamos perdidos solo te miran, como esperando algo de ti. —Responde ignorando mi pregunta—. Son seres que no han llegado a efectuar el tránsito entre esta vida y la muerte, están perdidos y esperan de ti una ayuda. Por otro lado, te encuentras con otros que parecen sumidos en sus propias rutinas, sin reparar en ti. Están vivos y en otra dimensión estarían haciendo aquello que les has visto hacer en esta; no son conscientes de que no están en su mundo. Todo esto se ha producido por una... disfuncionalidad en las dimensiones, pero podemos solucionarlo.

—Dimensiones... —murmuro. Me hubiera resultado más sencillo creer que se trata simplemente de fantasmas extraviados, pero ¿mundos paralelos, disyuntivas, dimensiones?

Diorah entra en ese momento y se dirige hacia la nevera, que queda frente a la mesa

—Buenos días —nos saluda—. ¿Qué tal has dormido, Tayra?

—Bien, estaba agotada.

—Me alegro —responde sonriendo. Su expresión es afable, aunque las dos veces que la he visto, he creído distinguir un punto distante con ella, como si yo no le cayese demasiado bien—. ¿Puedo ocuparme ya de ella?

Asalian baja del taburete mientras asiente y me guiña un ojo. Sin pronunciar una sola palabra, abandona la cocina y no sé por qué, de pronto me siento inquieta.

Diorah me mira y sonríe.

—Podemos ir al salón, si lo prefieres.

—Estoy bien aquí —respondo. Soy consciente de que he sonado demasiado seca. No lo pretendía.

—Bien. —Ella se mantiene al otro lado de la barra—. Supongo que As ya ha empezado a contarte quiénes son las personas a las que ves.

—Algo me ha comentado —contesto mientras tomo un sorbo de leche—. ¿Dónde está Raquel? —añado.

Me mira como si le sorprendiera que sepa de su existencia.

—Raquel está en su casa; todo se ha solucionado para ella y espero que todo se solucione también para ti ahora.

—Ya y... ¿Se supone que debo creer que las vidas paralelas de las personas se han cruzado o algo así?

—Algo así. Hasta anoche creíste que solo tú los veías pero, eso no es así, aunque no hay demasiada gente como tú.

—Como yo… ¿Y cómo se supone que soy yo?

—Eres una luz, una especie de guía. Los que se han perdido tratan de que los ayudes y lo hacen porque te ven y saben que tú también los ves a ellos. Aquel que los manipula cree que puedes disponer de información que quizás le ayude o le perjudique.

—¿Manipulando? ¿Quién?

—Un caído. Los caídos son aliados de los demonios; habitantes de un mundo muy lejano y diferente, el mundo de lo divino.

—No me lo digas —la interrumpo, riendo—. Tú eres un ángel; y Asalian también y ese otro chico, Deos.

Me mira como si tratase de averiguar si me estoy riendo de ella o solo hago conjeturas tratando de comprenderla; evidentemente acertará si se decanta por la primera teoría. Me rasco la frente y esbozo una sonrisa de

incredulidad. Esto es surrealista.

—Vale, ¿qué más? —pregunto.

—Un caído salió de nuestro mundo de un modo poco cuidadoso, provocando todo este pequeño desastre, que nosotros hemos de reparar. No necesitas saber más, pero creo que ha de ser una gran noticia para ti conocer que todo está bien, que no estás... loca. Devolveremos a esa gente a su mundo, todo volverá a su sitio.

—Bien y ¿podrías... llevarme a mí a otro mundo? Ya que estás puesta... Entre nosotras, este es una soberana mierda y en aquel hay alguien a quien querría ver.

No puedo evitar tomármelo a broma, algo que parece no estarle haciendo demasiada gracia a Diorah. Me mira con su gesto inexpresivo hasta que la tensión se me hace insoportable y decido marcharme.

—¡Tayra!

Escucho la llamada de Diorah a mi espalda, pero no presto atención. Esquivo a As, que sale del salón y me mira.

—¡No puedes irte! —insiste ella.

—Claro que puedo irme. Suficiente os habéis reído ya de mí.

Abro la puerta y camino a través del empedrado camino. Me detengo y compruebo que, de nuevo, hay dos vehículos más aparcados aquí. En esta ocasión es el deportivo negro el que falta.

—Si te vas ahora, tendrás que volver.

La voz de Diorah me sobresalta.

—No pienso volver aquí, así que olvídalo. —Doy media vuelta y la miro—. ¿Es mucho pedir que me dejéis llamar a un taxi o ver cómo me largo andando forma parte de la diversión?
Para mi sorpresa, Diorah me tiende las llaves de un coche.

—Coge el mío, el descapotable.

La miro embobada.

—¿Quieres que me lleve tu descapotable?

—No esperarás volver andando, ¿no? Estás muy lejos del centro de Tildan. Y si te empecinas en irte…

—Prefiero llamar a un taxi —respondo tras un largo silencio.

Ha de haber gato encerrado.

Diorah saca su móvil y me lo da. ¿De qué va esto?

—Tú misma.

Con una mueca de desconfianza sujeto el teléfono y llamo a un taxi. Después se lo devuelvo y empiezo a caminar alejándome de la propiedad.

—¡Espera! —Diorah continúa siguiéndome—. ¿Adónde vas?

—Ya lo encontraré por el camino; no quiero quedarme aquí ni un minuto más.

—Tendrás que volver y mientras no lo hagas, estás en peligro.

—Oye, olvídame, ¿vale?

Me alejo rápidamente en dirección al largo sendero a través del que llegué aquí anoche.

—¡Ponte el ryal! —grita Diorah—. En tu bolsillo.

No tengo la más remota idea de lo que me está hablando, pero no me importa. Definitivamente, me largo.

*****

Pasan algunos minutos de la una del mediodía cuando cruzo la puerta de entrada. Mi abuela y Dani están sentados en la mesa de la cocina, comiendo en un total silencio.

—Tayra —exclama ella—. ¿Dónde has…? ¿Vas a comer?

—Acabo de desayunar —respondo mientras miro a mi hermano. Tiene la vista clavada en su plato de sopa. Abro la boca para decir algo, pero

finalmente doy media vuelta y me encamino hacia mi habitación. ¿Qué voy a decir?

—Ha llamado Vika—. La voz de mi abuela me detiene en mitad de la escalera—. No sabía que eras tan amiga de esa chica, es un tanto... excéntrica.

—Es una chica normal y corriente.

Retomo la marcha en dirección a mi cuarto. Lo último que me apetece es ponerme a discutir sobre lo normal o poco normal que es Vika. Pero ahora estoy demasiado cansada también para llamarla, así que llego hasta mi cuarto y me tiendo de nuevo en la cama, incapaz de dejar de darle vueltas a aquella extraña pandilla que, sin lugar a dudas, se ha reído de mí. No puedo evitar sentirme enormemente ridícula.

Asalian me saca del baile del instituto para llevarme hasta su casa, donde simplemente me conduce a «mi» habitación para que duerma allí. Además están todas esas personas, Diorah, que me ofrece un descapotable y un teléfono móvil sin más cuando se supone que está tratando de detener mi huida. Raquel, esa chiflada que me cuenta todo tipo de locuras y que de pronto ha desaparecido. Y Deos, objeto de su obsesión y que sin haber cruzado una sola palabra conmigo, despierta en mí una novedosa inquietud y se convierte en aquel en quien más pienso a pesar de todo. Solo hay algo que me inquieta más y es que, independientemente de que lo que me hayan explicado esté compuesto por una buena dosis de fantasía, ellos conocen de esas extrañas presencias que han estado frecuentándome y de las que no puedo hablarle a nadie.

Me incorporo de la cama y me quito los zapatos, mientras una idea da vueltas de forma involuntaria en mi cabeza; las palabras de As: «Cuando tomas una decisión, automáticamente se abre una dimensión paralela en la que tu elección fue la contraria».

¿Quiere eso decir que en otra dimensión Alex habría decidido no ir con su hermano al aeropuerto? ¿Que está vivo en un mundo al lado de este? Resoplo apartándome el pelo y recogiéndolo en una cola que luego vuelvo a soltar. Al quitarme la chaqueta, algo cae al suelo: es un colgante. Lo sujeto y lo examino con más detenimiento; no es mío: Es una esfera circular de color plateado, pero menos brillante que la propia plata. Una especie de alas se dibujaban en su centro. ¿Otro obsequio de la desinteresada Diorah? Me lo quito y lo lanzo contra la pared antes de volver a tenderme en la cama.

*****

Cuando abro los ojos, el reloj señala ya las cinco de la tarde. Vuelvo a dejar caer mi cabeza sobre la almohada e inspiro mientras me cubro los ojos con las manos. La risa de Sean llama mi atención; la escucho lejana, como si no estuviera en el interior de la casa. Me incorporo de un salto y me acerco a la ventana, alzando despacio la persiana. Está en el jardín sujetando su vieja bicicleta mientras Gabriel lo ayuda a inflar la rueda trasera con una mancha. El rostro de mi hermano desprende una sincera alegría, como hace mucho tiempo que no veía. Sin darme apenas cuenta esbozo una sonrisa y solo ahora reparo en el efecto balsámico de la risa de Sean. Sigo mirándolos y sustituyo la figura de Gabriel por la de Alex porque esa imagen era más habitual. Mi hermano y él se llevaban genial, pero no es Alex quien está con él; es su hermano mayor y curiosamente ese pensamiento no se me hace tan doloroso como siempre. Y es que hay algo en lo que me explicó Asalian que resulta tranquilizador: él ya no está conmigo, pero tal vez, en otra dimensión, en otra vida, él continúe respirando, viniendo a buscarme a mi casa, hablando durante horas con Sean en el porche. Quizás en otra existencia, él y yo no discutimos aquel día. Puede que en uno de esos mundos en los que hace unas horas no quise creer, él y yo estemos juntos, abrazados, besándonos, paseando; lo que sea. Pero juntos. Y pensando en todo eso, Gabriel me pilla con la sonrisa en la boca; me saluda con la mano y yo le devuelvo el saludo. Topo también con los ojos de Sean, que borra su sonrisa. Reculo despacio, lamentando el efecto que tengo en él y me dirijo a la ducha.

*****

Cuando salgo al jardín, sin despedirme si quiera de mi abuela, Gabriel sigue ahí con Dani. En ese momento los dos están sentados en la escalera de porche, hablando. Permanezco inmóvil y escucho parte de la conversación.

—Mi madre y mi abuela dicen que hay que tener paciencia con ella, pero pasan los días y todo sigue igual. No, igual no. Cada vez es peor.

—Hay que ser paciente, Sean. Tayra lo está pasando mal y aprender a vivir con todo eso no es fácil. Se necesita mucho más que unos pocos días o unos pocos meses. Creo que ni siquiera podremos superarlo; solo

aprender a vivir con ello... sin él.

—Pero Alex era tu hermano y sin embargo tú… sigues siendo el mismo.

Sean fija la mirada en algún punto más allá del jardín.

—Yo tampoco soy el mismo. Y estoy seguro de que tú tampoco, ni Dani. Ninguno de los que queríamos a Alex volveremos a ser iguales. Tan solo… necesitamos tiempo para saber cómo ser sin él.

—Lo echo de menos —murmura Sean, bajando la mirada. Es la primera vez que le oigo decir eso y a golpes me voy dando cuenta de que no soy la única que sufre, aunque soy la que más insoportable lo hace todo.

Gabriel le echa un brazo por encima y lo arrulla con suavidad.

—Lo sé.

En ese momento se da cuenta de mi presencia.

—Hola —me saluda.

Sean se vuelve y al verme, entra en casa sin mediar palabra.

Suspiro y bajo los dos peldaños que separan la casa del jardín.

Gabriel se pone en pie.

—Me lo merezco —digo—. Estoy siendo una auténtica imbécil con él.

—Las cosas no son fáciles para nadie, Tayra. Para él tampoco. También tú deberás ser paciente con tu hermano.

—Soy su hermana mayor. Debería hacer algo más que ser paciente.

—Que seas consciente de eso, cuenta.

Me vuelvo y lo miro.

—¿Por qué sigues defendiéndome y justificándome? Ante mi hermano, ante el tuyo, ante todo el mundo. No me lo merezco.

Él sonríe con esa tristeza que se ha hecho inherente a todos nosotros.

—No seas tan dura contigo misma.

Suspiro, tratando de no venirme abajo. Es el hermano de Alex y además de sufrir el vacío que él ha dejado, también padece su ausencia física a

todas horas, sin tregua: su habitación vacía, su coche aparcado en el garaje, su ropa y todas sus pertenencias rodeándole en un perpetuo recuerdo de lo que no volverá a tener. Yo trato de evitar de alguna forma todo lo que me recuerda a él, pero Gabriel, no.

—¿Cómo está Dani? —pregunto.

—Supongo que lo afronta de una forma parecida a ti. —Se ha puesto serio de golpe—. Tayra, sé lo que piensa de ti y si el otro día os encontrareis, es probable que te lo dijera.

—No dijo nada que yo no mereciera oír, Gabriel.

—Se le hace difícil entender... bueno...

—A mí también. No puedo culparlo de nada, pero ojalá pudiera demostrarle de algún modo que quiero a Alex, que es el único al que he querido y el único al que querré.

Se acabó, pretendía mantenerme entera por una vez en la vida, pero estoy llorando otra vez. Gabriel me mira sin decir nada durante unos segundos eternos. Al final se acerca y me enjuga las lágrimas.

—Tengo que irme.

—¿Has venido para algo? —le pregunto.

—Encontré a Sean en el paseo, había pinchado la rueda de su bicicleta, así que lo traje.

Asiento y percibo cómo inspira antes de darse media vuelta. Mientras él se aleja, yo me tenso al reparar en una de aquellas misteriosas presencias. Es un hombre, elegantemente ataviado, con poco pelo y un cuidado bigote. Aguarda al otro lado de la valla que rodea el jardín con las manos entrelazadas en actitud expectante.

—Un mirón… —murmuro. Abro la portezuela del jardín y empiezo a caminar en dirección al instituto, donde recogeré mi viejo coche. El hombre me sigue, como es habitual, en silencio y sin dejar de mirarme. He llegado a naturalizar tanto este tipo de situaciones que ya no me inquietan en absoluto.

El cielo de la tarde se ha encapotado considerablemente y una fina lluvia empieza a caer sobre mi pelo, que recojo en una cola. Mi abuela vive al este de la ciudad, en una de las urbanizaciones más antiguas de Tildan City, donde además los fines de semana, la cantidad de gente que circula

por la calle se hace mucho más escasa que la que puede verse durante la rutina habitual de un día cualquiera de la semana laboral.

Todo transcurre en una perfecta normalidad hasta que llegamos al Barrio Foráneo. Lo llaman así porque la mayoría de los que habitan aquí son extranjeros que se han afincado en la ciudad y que trabajan en el nuevo polígono industrial que se ha construido en la periferia. Suele ser un barrio poco recomendable, donde las miradas recelosas asoman desde cualquier ventana. Los grupos numerosos de gente hablando en la calle no suelen presagiar nada bueno y los pocos niños que se atreven a jugar en ella, lo hacen descalzos y haciendo gala de una evidente pobreza, que de algún modo parece tratar de justificar las dudosas actividades de sus padres en otras labores menos honradas que el trabajo en las fábricas del polígono. Pero andado, es el camino más rápido desde casa de mi abuela hasta el instituto.

Llevo ya un buen rato caminando bajo la lluvia, custodiada de cerca por ese hombre que me sigue sin premura. Pero de pronto empiezo a sentirme inquieta. Me detengo y oteo las ventanas de las casas que me rodean. Solo puedo distinguir una cortina moviéndose, como si aquel que se había asomado hubiera estado a punto de ser descubierto. Me vuelvo y contemplo a mi perseverante perseguidor allí parado como yo, sin expresión en su acerado rostro. Cuando giro para continuar con la marcha, topo de frente con la figura de otro hombre, con más pelo que el primero, pero algo más alto y expresión iracunda. Sin tiempo a reaccionar, me sujeta del brazo y tira de mí ayudado por aquel que me ha estado siguiendo.

—¿¡Qué demonios estáis haciendo?! ¡Soltadme!

Me arrastran hasta un angosto callejón a cuyo final se ubica un gran contenedor de metal verde. La pintura está muy desgastada y muestra, bajo su inexistente capa, un naranja oxidado. Sin miramiento alguno me estampan contra el contenedor y mientras aquel que me había seguido permanece inmóvil con las manos en los bolsillos, el recién llegado camina hasta mí y me sujeta por la pechera para propinarme un nuevo golpe en la cara. Estoy sangrando de forma abundante por la nariz y el labio, pero ese hombre no me da tregua. Vuelve a obligarme a ponerme en pie y esquiva el golpe que trato de propinarle, para acabar golpeándome él con una rodilla en el estómago. Tendida en el suelo mojado, acierto, a duras penas, a ver cómo el hombre que me ha estado golpeando extrae un puñal del interior de su elegante chaqueta. Con paso lento y cadencioso se acerca de nuevo a mí y me sujeta por el pelo. Trato de zafarme, pero el extraño estampa mi cabeza contra el suelo, haciéndome sangrar más aún. Ahogo un grito y aunque estoy llorando, soy incapaz de hacerlo evidente. Cierro los ojos, dispuesta a asumir un final que, de algún modo, puede resultar sanador: me voy con Alex. Pero de pronto noto un gran peso que cae sobre mí. Escucho una serie de golpes y trato de incorporarme,

apartando el cuerpo que se ha desplomado encima de mí. Compruebo que se trata del hombre que me ha golpeado. El otro fija su atención en Asalian, que maneja con habilidosa destreza una espada. El extraño de escaso cabello lo rodea caminando a paso tranquilo y sereno mientras hace una serie de filigranas con dos dagas. Tras dedicarle una cínica sonrisa a la que As no responde, el extraño se abalanza sobre él y consigue herirlo a la altura de la clavícula y también en el rostro, justo debajo del ojo con sendos cortes de los que empiezan a manar unos finos hilos de sangre. As hace un rápido movimiento y logra recular a tiempo de evitar una nueva arremetida de su oponente. Sin aguardar un tercer ataque, extrae también una pequeña daga de alguna parte y la proyecta contra su rival, que a duras penas logra esquivarla, pero no es tan rápido para hacer lo mismo con la espada, cuando Asalian se lanza contra él. El hombre lo esquiva y se acerca por su otro flanco a gran velocidad para propinarle una fuerte patada en la cara, que lo hace caer al suelo. As trata de recuperar la espada que ha perdido, pero el hombre contra el que está luchando tiene toda la ventaja en el combate. Lo sujeta de la pechera y lo pone en pie. Coloca su daga sobre su cuello y As aún puede intentar defenderse con un fuerte puñetazo, que sin embargo, no hace que aquel hombre lo suelte. Y entonces un grito desvía mi atención.

—¡Asalian!

Es Diorah. Y no viene sola. Deos corre junto a ella y llega hasta aquí empuñando una espada con la que hace un par de filigranas para acabar causándole un corte en el brazo al hombre que lucha con As; este lo suelta y Deos lo desarma sin despeinarse para acabar hundiendo la hoja en el pecho de aquel extraño, que cae desplomado al suelo y se desvanece. No doy crédito.

Diorah trata de ayudar a As mientras Deos camina hasta mi lado y me ayuda a incorporarme.

—¿Estás bien? —me pregunta. Se acerca, rompe la manga de su camiseta y limpia de forma superficial la sangre que aún mana de mi nariz. Yo soy incapaz de reaccionar, de moverme.

—¿Qué… demonios ha sido todo esto? –consigo preguntar.

—Esto es la consecuencia de ir por la vida haciendo lo que te da la gana.
—Es la primera vez que me dirige más la palabra y es para reprenderme.
—Tengo entendido que se te dio un ryal. ¿Dónde está?

Me sorprende la dureza de sus palabras. Bajo la mirada, mientras me aparto la sangre de la cara con el jirón de tela que me ha dado. Empezar a pensar en todo lo que acaba de suceder y observar los cuerpos de esos

dos hombres ahí tendidos hace que me suma en una especie de estado de shock en el que el humor de Deos es ya lo de menos.

—Tayra, ¿dónde está el ryal? —insiste.

—No sé a qué te refieres —balbuceo sin mirarlo.

—Al colgante —dice Diorah. Se acerca hasta aquí, junto a Asalian, que aparta a Deos con un sutil empujón. Su cara está hecha un cromo.

Entonces recuerdo aquel curioso medallón que saqué del bolsillo de mi chaqueta.

—Está en casa.

—Bien —interviene Deos—. Seguro que allí es de gran utilidad. Eres una mente brillante, Clayn.

—Vete al diablo —le digo. No ha sido muy amable por mi parte, pero estoy asustada y lo último que necesito son reproches.

Deos se encara conmigo. Su expresión furiosa me sorprende. Hay ira en sus ojos y su voz temblorosa trata de disimular su estado de alteración, algo que no consigue.

—Han intentado matarte. ¿Vas a empezar a tomarte esto en serio o vas a seguir escapándote como una cría?

Yo no digo nada y él se aparta.

—Ya basta —interviene As—. Será mejor que volvamos a casa.

Soy incapaz de mover un solo dedo, impactada como sigo por lo ocurrido. No es la primera vez que uno de esos «espectros» me ataca, pero sí es la primera vez que tratan de matarme y que veo morir a uno de ellos. Deos, que me daba la espalda ya, se vuelve y camina de regreso y me empuja con suavidad por la cintura.

Capítulo 3

3. Vidas cruzadas

Permanezco sentada en el sofá con la mirada fija en el suelo y en silencio. Diorah me pasa la palma de su mano sobre las heridas que se abren en mi magullado rostro y siento, curiosamente, un leve alivio. En silencio, me indica que me dé la vuelta para poder hacer lo mismo con un fuerte golpe que aquel hombre me dio en la espalda. Mientras Diorah brazos del sofá, mirando en dirección a la chimenea. Es entonces cuando mis ojos se encuentran con los de Deos, que permanece apoyado sobre la larga mesa de madera. Lo hace de brazos cruzados, mirándome y aunque no recuerdo haber visto que le hirieran, en su pecho sangra una herida a la que no parece concederle mayor importancia, pero que le cala la camiseta.

Asalian entra por la puerta despacio y deja caer un par de dagas sobre la mesa. Su cara continúa llena de heridas, sangre y golpes. Suspira y me mira.

—¿Cómo estás? —me pregunta entonces Diorah. Ella no parece enfadada, sino más bien preocupada y la verdad es que resulta todo un alivio.

—Bien… —murmuro.

—No creo que sean solo rastreadores —añade Asalian—. Han ido a por ella.

¿Rastreadores? ¿A por mí? Hasta ahora había oído hablar de mirones, de extraviados, de perdidos, pero no de rastreadores porque esos deben llevar implícita la búsqueda de algo o de alguien. Y si han ido por mí, es que ese alguien soy yo.

—¿Te había pasado esto antes? —me pregunta As—. Uno de esos perdidos, ¿te había atacado?

Aparto la mirada y busco con ella a Diorah, supongo que es una silenciosa llamada de auxilio, ya que es, posiblemente, la que más amable y cercana se ha mostrado conmigo. Ha intentado ayudarme en todo momento durante mi alocada huida de la casa, pero si se percata de mi muda solicitud, no dice nada. Tampoco tiene por qué; al fin y al cabo, creo que la he metido en un buen lío escapándome.

—Sí —respondo al fin.

—¿Y por qué demonios no lo dijiste cuando estuviste aquí? —exclama Deos.

—Porque nadie me lo preguntó —exclamo también, molesta.

—Cálmate, Deos —le sugiere Diorah—. Y controla tus expresiones, por favor.

Me pongo de pie.

—¿Por qué me atacan?

Diorah sonríe con tristeza.

—Ya te lo dije: sois luces, guías. Poseéis... algo así como un don, os ven, saben que les veis y os requieren. Son personas de otros mundos, su alma está desubicada, su voluntad es débil. Son vulnerables y aquel que salió de Etérea utiliza a algunos para encontrar lo que busca; los emplea contra vosotros, como siervos. Sois guías, cree que algunos podéis saber algo, haber visto algo o serle de utilidad a él. Lo único que debemos hacer es eliminar ese don en ti, que dejes de verlos. Ya no le resultarás ni útil ni un estorbo, de modo que no debes preocuparte. Volverás a la normalidad, como Raquel.

—Has tenido suerte de que decidiéramos ir a buscarte —interviene Asalian.

Veo a Deos negar con la cabeza y caminar hasta la chimenea. Apoya sus manos sobre la repisa y nos da la espalda.

—Cuéntame exactamente lo que ha ocurrido —me pide Diorah.

Deos se vuelve.

—Ese tipo me siguió, como siempre ocurre. —Noto que me cuesta que me salga la voz—. No había tratado de golpearme, así que pensé que era… un mirón, pero al llegar a aquel callejón apareció otro y empezaron a...

—Fue una inconsciencia que te marchases —me dice Diorah—. Sé que todo esto debe de estar confundiéndote mucho, pero no es ningún juego. Es tu vida lo que tratamos de proteger. Espero que todo esto haya servido, al menos, para que te des cuenta.

Me echo las manos a la cara. Desde luego no voy a encontrar un mejor asunto para tener mi mente ocupada que el hecho de que personas extraviadas desde otros mundos me estén buscando para matarme, pero

esta no es la idea que yo tenía de una agenda llena o un entretenimiento. Estoy asustada y desde esta tarde, el encuentro con esos fantasmas que no son tales, va a dejar de ser algo que forme parte de mi rutina. No quiero ver a ninguno más. Asalian, Deos y Diorah han dicho que pueden ayudarme y, desde luego, es algo que se me hace urgente.

—¿Cómo podéis hacer que deje de verlos, que me dejen en paz?

—Cuando tus heridas sanen, aplicaremos los Altos Poderes sobre ti, la magia de los ángeles, y dejarás de ver a los perdidos —explica Diorah—. Perderás ese sexto sentido y olvidarás todo esto. Reconduciré tu destino y tu vida será otra vez normal.

—Magia de los ángeles... —murmuro— . Así que es verdad, ¿no? Sois ángeles.

—Así es —me confirma ella—. No recordarás habernos conocido ni nada de lo que atañe a este asunto. Ese don es algo innato en ti y en todas las personas que, como tú, son luces o guías, algo de lo que deberías disponer toda tu vida, siempre y cuando todo estuviera en su sitio, pero… dadas las circunstancias, lo mejor es que eliminemos ese don. Como ya no los verás, dejarás de suponer un peligro para ellos o... una supuesta fuente de información.

—¿No has visto nada más? —interviene Deos.

Parece algo más relajado y su tono no es ya tan duro.

—¿Nada como qué?

—Diorah ya te ha explicado que hay dos posibilidades por las que te buscan: una, porque saben que puedes verlos y crean que puedas obstaculizarles con aquello que buscan; otra, porque piensen que puedes darles algún tipo de información y ayudarlos.

—No sé nada del prófugo de vuestro mundo ni de lo que sea que busca, si es lo que me estás preguntando.

—¿Estás segura? —insiste Deos. Lo miro. Sus facciones son perfectas y me parece increíble estar reparando en eso en un momento como este.

—Estoy segura.

Asiente y sin mayor dilación, su figura se pierde a través de la puerta que conduce al pasillo. Después de verlo desaparecer, fijo mi mirada en la nada. Me está costando sobremanera asimilar todo este volumen de

información y, lo que me resulta más curioso, saber que dentro de poco olvidaré todo esto, me genera unas sensaciones contradictorias. He vivido durante varias semanas atormentada por esos espectros que aparecen en cualquier parte y en cualquier momento, atacándome en multitud de ocasiones y a pesar de respirar aliviada por todo aquello que voy a quitarme de encima cuando Asalian, Deos y Diorah me ayuden, saber que los olvidaré provoca en mí un leve malestar. No los conozco de nada, pero se han arriesgado por mí. Deben de hacerlo por todas aquellas personas que son como yo o como Raquel, pero es mucho más de lo que puedo esperar de Vika y su panda, gente a la que ni siquiera le importa si estoy o no estoy; gente con la que tampoco me importa estar. Pero lo que está claro es que no puedo pasar la vida en permanente alerta, asustada ante los encuentros con fantasmas y recibiendo palizas por una información que ni siquiera tengo.

La conversación parece haber finalizado, pues ni Diorah ni Asalian dicen nada más. Ella se levanta y sin tan siquiera mirarme, se marcha por el mismo camino por el que lo ha hecho Deos. Probablemente esté molesta por el lío en el que puedo haberla metido al escaparme. Asalian permanece sentado en el sofá, echado hacia atrás y con aire indolente. Me mira y habla:

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí… supongo que sí.

—Es mucha información y difícil de entender para un humano. Probablemente pensarás que podíamos haberte ayudado sin explicártelo, pero no es algo que parezca justo. Mañana no recordarás nada y resultará un alivio para ti, pero hoy… estás en tu derecho de saber qué está ocurriendo.

—Os lo agradezco. Lo prefiero así.

Lo miro durante unos segundos: los golpes se atenúan despacio en su cara, como si se recuperase de ellos a gran velocidad. Me cuesta asimilar que es un ángel porque no lo parece en absoluto, salvo por la belleza de sus facciones.

Quizás, imaginarlo vestido de otra manera o en un escenario diferente ayude, pero verlo sentado en un sofá, con golpes en la cara, vaqueros y una camiseta, simplemente lo convierte en un chico guapísimo. Un chico guapísimo que queda eclipsado cuando pienso en Deos. Ninguno de los dos ha sido especialmente amable conmigo, aunque este último me ha mostrado aún más sus malas pulgas. En este momento, creo que ambos están enfadados conmigo: As apenas me ha hablado desde que hemos llegado y Deos no ha hecho más que gritarme a la cara lo estúpida que he sido. Con toda seguridad, también Diorah está decepcionada. Y lo cierto

es que todo esto no son más que prejuicios superficiales porque no los conozco lo suficiente como para juzgarlos.

—¿Qué es lo que busca? —me atrevo a preguntar al fin—. El que huyó de tu mundo...

Sonríe y algo en mí se relaja con ese sencillo gesto.

—A un sacra.

—¿Un sacra?

—Es un ángel guerrero.

—¿Los ángeles pueden ser guerreros? —pregunto, asombrada.

—Sí —responde él, sonriendo—. Los sacras somos una de las dos razas de ángeles guerreros. A aquel que comanda las legiones divinas se le conoce como dux, líder. Es a él a quien está buscando.

No me pasa inadvertido el «somos»; todos ellos han de pertenecer a esos sacras; ángeles guerreros. Y eso les pega mucho más.

—¿Cuál es la otra raza? Has dicho que había dos, ¿no?

—No nos importa, ¿no?

La pregunta me sorprende por la carga de acritud que lleva. No llego a responder, pero él me lo aclara.

—La otra son los divanos.

—¿No os lleváis bien?

As sonríe.

—Los divanos son una raza especial, muy diferentes a los sacras; muy diferentes a todos. Falsos dioses, los llaman. Algunos lo hacen en tono de admiración. No son dioses, pero se les parecen. O eso dicen. Otros en cambio lo hacen en tono despectivo. Los consideran soberbios e indisciplinados.

—¿Ángeles soberbios e indisciplinados?

—Entre otras muchas lindezas.

—¿Y cómo los ves tú?

Se encoge de hombros.

—Supongo que no puede negarse ninguno de los dos extremos; realmente no están contrapuestos. Ser bellos y valientes no les impide ser altaneros, rebeldes o... temerarios en ocasiones.

Ángeles rebeldes, temerarios, soberbios e indisciplinados. La descripción en sí parece contrapuesta a un ángel, criaturas a las que uno se imagina siempre como seres bondadosos, pacíficos y diligentes. La confrontación entre el prejuicio y la realidad que me expone As, sin embargo, genera un mí una extraña curiosidad por conocer más sobre esos ángeles; montones de preguntas se agolpan en mi cabeza, pero antes de que pueda expresar ni una, él se pone en pie, confirmándome lo reacio que es a hablar sobre ellos.

—Estás en tu casa, Tayra —dice—. No podremos aplicar los Altos Poderes hasta que las heridas hayan sanado; no es recomendable, de modo que habrá que esperar unas horas.

Asiento mientras él se incorpora y desaparece, dejándome sola en el salón con mil preguntas en mis labios que no se atrevieron a salir.

*****

Camino a través del pasillo. No sé cuántas horas debo esperar antes de poder dejar todo esto atrás definitivamente, pero nadie en la casa parece muy dispuesto a matar el tiempo charlando conmigo. Cuando paso junto a la cocina, reparo en la presencia de Diorah. Está sentada en uno de los taburetes de la barra, mientras hace pedazos un pepinillo. Se vuelve y fija su clara mirada en mí.

—Pasa, no te quedes ahí, no voy a acuchillarte. —Entro tímidamente—. ¿Cómo estás? —me pregunta.

—Supongo que aún estoy digiriéndolo.

—Sé que es difícil, pero lo olvidarás en poco tiempo. Palabra de arcángel

—concluye alzando la mano.

—¿Arcángel? —murmuro—. As no los mencionó cuando me habló de los ángeles o más concretamente de... sacras y divanos.

—Debió de hablarte solo de los bellum, los ángeles de la guerra.

—Ángeles de la guerra... —murmuro, fascinada.

—Sí, los guerreros del Cielo. También estamos los pax, ángeles de la paz: serafines y arcángeles, como yo. Los pax guiamos los destinos de los humanos en base a lo que el Cielo establece. Nosotros propiciamos todo en vuestras existencias: la gente a la que conocéis, los accidentes que sufrís, aquello a lo que sobrevivís... y aquello a lo que no. Por eso estamos aquí, para reconducir a los que se han torcido, los que están fuera de su mundo y los que ven alterada su existencia, como tú.

—Increíble... Pensé que simplemente los... matabais. A los perdidos. Los dos hombres de antes...

Diorah sonríe.

—Podemos reconducir el destino de algunos; aquellos que no encuentran el camino hacia la muerte o a los que han salido de su mundo sin percatarse. Pero otros... Al salir de su dimensión de la forma en la que lo hicieron, ya no pueden retomar su vida como tal. Más que matarlos, lo que hacemos es enviarlos a la continuidad de su existencia, lo que vosotros llamáis Más Allá. Encajar las cosas de nuevo no es fácil.

—¿Qué son? Los perdidos... Puedo tocarlos.

—Tocas sus almas gracias a tu don. Realmente no están aquí aunque tampoco en su mundo. Solo los guías los veis... y los sentís, pero están perdidos entre dimensiones. Es difícil de explicar.

Asiento.

—As no hablaba de los divanos con demasiada devoción —prosigo— . ¿No caen muy bien?

Diorah sonríe y echa su cabeza hacia atrás.

—Con los divanos todo es complicado y más aún su relación con los sacras. Son una raza un tanto... peculiar. Evidentemente tienen sus templos de adoración y sus adeptos entre los reinos de Etérea, al igual que los sacras, serafines o los arcángeles, pero también sus detractores,

algo que no tienen las demás razas de ángeles.

—¿Y por qué ese dux está aquí? As dijo que aquel que salió de vuestro mundo está buscándolo.

—Etérea es el lugar donde se desarrolla la guerra Ancestral: ángeles contra demonios, aunque allí también habitan otro tipo de razas, además del reino de Épika. Todas ellas tienen una misión en la existencia de los tuyos, en el mundo humano o son una consecuencia de él. El caso es... Sucedió algo con un grupo de sacras hace mucho tiempo y se convirtieron en ángeles caídos, desprovistos de la gracia del Cielo. La Corte Celestial los expulsó y ellos se unieron a los demonios para extender su guerra hacia el resto de Etérea, algo demoledor.

»Los bellum tienen un código que les impide intervenir en el destino de cualquiera que no sea otro ángel, ya que para eso estamos nosotros, los pax; tampoco pueden enarbolar su espada contra todo el que no sea un demonio. Los caídos no lo son, de modo que los ángeles de la guerra no pueden luchar contra ellos y eso lo están aprovechando para arrasar Etérea, que ha de sucumbir a un nuevo destino sin que los bellum puedan hacer nada.

»Son los aliados perfectos para Inferno. En esta guerra estamos atados de pies y manos.

»Una vez devastados incontables reinos de Etérea, los caídos declararán la guerra a Épika. Y si se hacen con el dominio del mundo divino, el humano será un caos. Vuestra existencia está ligada a la nuestra, al equilibrio entre el bien y el mal.

No puedo reprimir un escalofrío.

—Pero lucháis contra esos perdidos, ¿no?

—Son la gran excepción. Muchos intentan dañar a los guías, matarlos incluso. Pero no deberían existir, de modo que en cierta manera, los bellum no quebrantan los códigos divinos al luchar contra aquellos cuya existencia el Cielo no contempla.

—Menudo lío... —murmuro.

—Atalox es ambicioso y está lleno de odio. Es quien lidera a los caídos. No se detendrá ante nada.

—¿Pueden morir los ángeles?

—No. Podemos caer en letargo; es algo distinto, como una muerte temporal, muy larga, de la que luego despertamos; una especie de

aprendizaje constante. Y eso es justamente lo que ha sucedido con el dux, el elegido del Cielo para comandar a todas las legiones divinas. Atalox le aletargó.

—¡Wow!

—Sí... ehm... wow... Atalox desafió al dux y logró sumirlo en letargo y cuando eso le sucede a un ángel, su alma se reencarna en un humano, vive otras vidas mortales, y a base de existencias va sumando la sabiduría de la que disponen, muy por encima de la de un simple hombre o una simple mujer.

»Cuando ha muerto en todas las dimensiones y disyuntivas en las que vivió como mortal despierta, pero ha de completar el ciclo establecido para él. Puede tardar más de cien años. Sin embargo, mientras eso sucede, convertido en un humano, es alguien vulnerable y fácil de vencer, algo que quieren aprovechar sus enemigos.

—Estás diciendo...

—Que el dux es ahora un humano, que se ha reencarnado en una persona de tu mundo y lo estamos buscando antes de que sea Atalox quien lp encuentre, si es que no lo ha hecho ya.

—Vivir otras vidas... —murmuro tras un largo silencio—. No parece un castigo demasiado excesivo para compararlo con la muerte.

—¿Y quién habla de castigo? ¿Conoces acaso lo que hay tras la muerte? ¿Puedes asegurar que no sea algo parecido? Me hastía el concepto lastimero que tenéis en este mundo sobre la muerte. Además, para un ángel, recuperarse de un letargo no es un proceso sencillo y cuando se trata del dux, la urgencia apremia. Supimos que tras aletaragarlo, Atalox partió en su búsqueda y eso nos obliga a encontrarlo a nosotros primero. Pero nadie sabe quién es.

—¿Y un ángel convertido en humano sí puede morir?

—Por supuesto, a efectos prácticos es un humano y si sus vidas o reencarnaciones no completan el plan establecido para él, es posible que no pueda despertar del letargo o si lo hace, su aura sea débil, estaría vacío, no recordaría nada, no sabría cómo se llama, no tendría ni idea de nada; siglos de experiencia, sabiduría y conocimientos, perdidos.

»Los caídos nunca vencerían a Épika en un combate de tú a tú, pero si logran debilitar a sus ángeles guerreros tendrán mucho ganado, le pondrán una alfombra roja a los demonios; y el dux es su cabeza, su

comandante. Las legiones solo pueden obedecerlo a él, pues si no es bajo su mandato, las armas divinas son simples espadas.

»Suficiente tiene ganado Atalox con las reticencias entre sacras y divanos. Los escogidos por el Cielo para liderar a las legiones siempre fueron sacras, pero tiempo atrás lo fue un divano, la única vez que ha sucedido y los caídos aprovecharon la confusión para hacer daño, un daño que aún se prolonga a pesar de que el Cielo rectificó pronto su error.

—Así que el Cielo también se equivoca...

—Eso creen muchos, aunque otros están convencidos de que había un por qué en esa elección. El caso es que Atalox abrió un portal de manera irregular para llegar hasta aquí y encontrar al dux y eso afectó a esta dimensión y a algunas otras. Los perdidos, los guías, el desequilibrio, las disfunciones... Son responsabilidad nuestra. de los ángeles.

Con todo lo que llevo escuchado soy incapaz de abrir la boca.

—¿A que ahora sí tienes ganas de perdernos de vista? —exclama Diorah, divertida.

—No creas...

Alza una ceja.

—¿No?

—Sí... y no. Admito... que me apenaría olvidaros. Habéis hecho mucho por mí.

—¿Tiene algo que ver con As?

Ahora soy yo la que alza, no una ceja, sino las dos.

—¿Cómo?

—Bueno, no me pasa inadvertido cómo lo miras.

—No lo miro de ninguna manera.

—¿No te atrae?

—Claro que no —respondo, casi indignada.

—As atraería a cualquiera; el hecho de que lo niegues indica algo.

—¿De qué estás hablando? Es... es... guapo, pero eso no quiere decir nada. Yo ni siquiera... ni siquiera lo conozco.

—¿Y Deos?

Sonrío y niego con la cabeza.

—Menos todavía. Ni siquiera me habla, salvo para gritarme.

—Pareces lamentarlo.

—No me preocupa especialmente, pero creo que tampoco lo merezco.

Poco a poco borra su sonrisa. No me hace ninguna gracia que insinúe lo que está insinuando aunque lo cierto es que tiene parte de razón: As y Deos son guapísimos y atraerían a cualquier chica en su sano juicio; también a las que no lo estamos, pero no hay nada más, por mucho que Diorah insista. Por más vueltas que el rostro de Deos dé en mi cabeza. Se hace el silencio por un momento y en mi mente sigue rondando una idea que no puedo evitar exponer.

—Has dicho que los arcángeles y los serafines propician todo lo que nos ocurre a los humanos. Tú... ¿haces que la gente muera?

—Sí... y no... —responde Diorah, sorprendida—. Los arcángeles propiciamos todo lo que pasa a los humanos, pero siempre siguiendo un guion que viene de más arriba. Al final solo obedecemos. Por decirlo de un modo fácil: en Etérea se construyen vuestras vidas y destinos.

—¿Tú diriges mi destino? —pregunto casi con miedo. Pensar que ella pueda mover los hilos de mi vida, me causa una sensación extraña.

—Tayra, ¿adónde quieres llegar?

—As dijo que cuando tomas una decisión se crea algo así como una dimensión paralela en la que tu elección fue otra, ¿no?

—Sí, eso es.

—¿Eso quiere decir que una persona que esté muerta en este mundo, está viva en otro?

Coge un cereal del bol que tiene lleno y se lo lleva a la boca con cierta despreocupación.

—Sí, en alguna, claro. Sigo sin pillarte.

—Si mañana voy a olvidar todo esto, ¿sería posible viajar entre dimensiones?

Diorah empieza a toser y se incorpora del taburete de un saltito. Yo hago lo mismo y la sujeto del brazo, sin tener ni la más remota idea de qué hacer. Por suerte, poco a poco ella se tranquiliza y recobra el color de sus mejillas.

—Estás absoluta, total y completamente loca —me dice.

—¿Por qué?

—Porque hemos venido a poner las cosas en su sitio, no a desordenarlas más. Tu mundo es este, son ellos quienes están fuera de lugar y los devolveremos a esas dimensiones de las que nunca debieron salir, ¿de acuerdo?

La miro sin decir nada. No es mi amiga, no la conozco, pero tampoco esperaba que fuese a ser tan tajante; ni siquiera me ha preguntado adónde quiero ir ni para qué. No ha intentado averiguar nada más.

Se agacha a mi lado, mientras recojo los cereales que se han caído durante su atragantamiento. No me importa que estén ahí tirados, pero siento rabia, ganas de llorar y no quiero que me vea. Admito que por un fugaz momento tuve la esperanza de volver a verlo.

—Es tu novio, ¿no? —me pregunta, ahora sí, mientras me ayuda. La miro sorprendida, hasta que recuerdo que si es el ángel que guía mi destino y mi vida, ha de conocer perfectamente a Alex.

—No importa —respondo, a pesar de todo.

—Tayra, sé que es difícil, pero tienes que asumir las cosas como son. Puede que en otro mundo él esté vivo, pero en este está muerto; es el que te ha tocado y debes aceptarlo.

Dejo de recoger cereales y me dejo caer hacia atrás.

—No puedo. Llevo más de un año con esto y cada vez es peor.

—Lo superarás. Aunque ahora te parezca que no.

—Lo último que le dije es que se fuese al diablo. Sé que son esas palabras las que hacen que no pueda seguir adelante. Hubiera sido distinto con

un... con un «te quiero», pero no así. Así no.

—No seas tonta —me dice y suaviza el tono—. Si estabais juntos, él sabía que lo querías y eso no iba a cambiarlo ninguna frase estúpida o una discusión.

—Por favor. Tienes en tu mano mi salvación. Solo quiero cambiar mi último recuerdo con él.

—Error. En el hipotético e inexistente caso de que accediese, no podrías cambiar nada.

—¿Ni siquiera un insulto por un beso? Es una nimiedad en el cómputo de una vida, Diorah. Ponte en mi lugar. Mañana no sabré que existes ni qué sucedió, pero él se marchará de este maldito mundo sabiendo que es lo más importante de mi vida.

—Poner un beso donde ayer había un insulto puede cambiar muchas cosas. Si él decide hacer algo distinto a lo que inicialmente lo llevó a morir estarías cambiando el destino y yo me metería en un lío muy gordo. Él estaría en dimensiones que no le corresponden, en disyuntivas que no están planeadas. Su existencia sería un caos.

—Te juro que no cambiaré su destino. Loe empujaré a coger ese maldito coche, pero por favor, déjame verlo una última vez.

Nos levantamos y yo la sujeto de las manos con fuerza. He dado rienda suelta a mis lágrimas y noto en su rostro la angustia por la situación en la que la estoy colocando.

—Tayra, ya me he llevado una buena bronca por dejarte ir antes. No me pongas en esta disyuntiva, por favor.

—No se enterarán, Diorah. solo quiero despedirme de él. Te lo suplico.

Detecto la gravedad en su rostro y su silencio, da cabida a mi esperanza.

*****

Sigo a Diorah por el pasillo de la planta de arriba y llegamos a un nuevo tramo de escalera, más angosto que el que hay en el primer piso.

Entramos a una habitación de grandes dimensiones, en la que lo único que hay es un sillón. Todo es de color blanco y aunque no hay ventanas, está perfectamente iluminada. Es como si las paredes desprendieran alguna especie de resplandor; no sé exactamente de dónde procede la luz. Tampoco reparo en el lugar exacto desde el que Diorah extrae una daga de grandes dimensiones con una curiosa empuñadura: mitad dorada, mitad plateada y la cabeza de un dragón devorando a otra criatura. Hace una rápida filigrana con ella, ocasionándome un leve corte en el brazo. Yo reculó instintivamente y la miro, confusa, mientras ella me dedica una sonrisa ladeada.

—No te preocupes —me dice—. Si quieres pasar a otro mundo, tu sangre ha de estar en él. Sujeto mi brazo, ligeramente dolorido—. No puedo creer que vaya a hacer esto con una guía... Siempre dando problemas, Tayra Clayn.

La miro, temerosa de que se arrepienta. Me mira y se aparta un poco. Con la poca sangre que hay en la hoja de la daga traza una especie de círculo en el suelo. Apenas se notan un poco las líneas. Diorah se sitúa en el centro y suspira.

—Vale, ven.

Dudo. Estoy tan nerviosa que siento que el corazón se me va a salir del pecho; percibo calambres en las manos y un sudor frío en la cara. Pero cruzo el trazado del suelo y me sitúo frente a Diorah, que me toma de las manos y cierra los ojos. Ignoro qué sucede, pero de pronto y sin motivo aparente, todo se nubla y me siento desvanecer.

*****

Despierto aturdida y con un fuerte dolor de cabeza. Estoy sentada en el sillón de color beige, tratando de reubicarme. Mi antebrazo está vendado y apenas siento dolor. Diorah aparece desde el pasillo y se apoya en el marco de la puerta.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Qué ha pasado?

—Bueno, espero no haberte dejado dormir demasiado.

Me pongo en pie y a duras penas logro mantener el equilibrio.

—¿Qué me has hecho?

—Lo que tú me pediste, Tayra.

Oteo la habitación y me enfurezco al comprobar que no nos hemos movido de aquí.

—¿Me tomas el pelo? —protesto al fin. —Sería capaz de aceptar que no quieras ayudarme, pero tampoco juegues conmigo ni me mientas con algo tan serio.

Siento las lágrimas pugnar por salir, la rabia generándose en el interior de mi estómago, pero de pronto me sujeta por el brazo y me arrastra hasta la salida. Al llegar al jardín me empuja. El sol brilla con fuerza y una suave brisa sopla meciendo las copas de los árboles que custodian la propiedad.

—Quizás en tu mundo hoy esté lloviendo —dice únicamente—. Aquí no.

La miro, confusa.

—¿Qué quieres decir?

—Que esta no es tu dimensión.

—¿Bromeas? Estoy en el mismo sitio al que llegué. Si esto fuera otra vida, vosotros no estaríais viviendo en el mismo lugar.

—¿No me crees? —pregunta Diorah, con una incrédula sonrisa trazada en sus labios—. Vamos, te enseñaré el plato fuerte, pero mantente a mi lado y no intentes tonterías. Ya sabes lo que te advertí.

*****

Atravesamos la ciudad con una extraña sensación. En este momento se supone que he pasado a ser una de esas perdidas en una dimensión que no es la mía. Está anocheciendo y Diorah me ha llevado en coche hasta el centro de Tildan City. Ninguna de las dos ha dicho nada durante el trayecto. Ni siquiera le he dado una sola indicación y sin embargo, se detiene frente a la casa de Alex. Me da un vuelco el corazón y percibo que la sensación de ahogo que ya me acompañaba hasta aquí, se acentúa. Su casa está igual que siempre, desde fuera no se percibe nada que pueda

hacerme pensar que no estoy en el mismo mundo. La fachada de madera blanca, desgastada por el paso del tiempo contrasta con el tejado de terrón rojizo. La puerta del garaje permanece entreabierta pese a que los dos coches de la familia —el de Alex y el de Gabriel— están estacionados uno al lado del otro en la entrada de la propiedad. De hecho soy incapaz de encontrar la menor diferencia.

La tenue luz de las farolas le concede ese aire de intimidad que Alex y yo aprovechábamos tantas veces para besarnos, abrazarnos o simplemente sentarnos en ese banco que ahora está desierto, sin decir nada.

La puerta se abre y siento que me muero pero... falsa alarma: es Gabriel, que sale de forma apresurada. Viste de forma sencilla, como es habitual en él.

—¡Volveré por la mañana y pasaré a recogerte!—exclama antes de meterse en su coche.

Yo permanezco dentro del vehículo, junto a Diorah, en silencio.

—Es todo exactamente igual —me atrevo a decir al fin.

—Por supuesto que es igual —responde ella. La miro—. Nos hemos trasladado a una dimensión temporal, también se las conoce como verticales. Es la forma más segura de no modificar nada durante el viaje, pero también es algo muy delicado. Las horizontales o disyuntivas son vidas distintas.

—Entonces... ¿en qué momento estamos?

Me mira en silencio durante unos segundos que se me hacen eternos.

—La noche antes de todo. Mañana Alex morirá y tú no podrás hacer nada para evitarlo, ¿me oyes? Sea lo que sea lo que quieras decirle, no puedes evitar que mañana suba a ese coche con su hermano y si él trata de evitarlo tú lo empujarás. Eso o volvemos ahora mismo. Al fin y al cabo él ya está muerto. Ya has pasado por lo peor. No te servirá de nada cambiar las cosas aquí; solo destruirás su existencia futura. No hay plan para él.

Me estoy mareando. Voy a volver a verle, a estar con él, a mirarlo a esos ojos que siempre comparé con el cielo, equiparándolo a él con un ángel. Qué paradoja, hoy estoy con personas que viven con ellos, con uno de ellos, incluso. Pero mañana él morirá y yo no solo no puedo evitarlo aun sabiéndolo, sino que debo asegurarme de que ocurra.

Cierro los ojos con fuerza y abro la portezuela del coche; si empiezo a darle vueltas a eso, no me decidiré ni disfrutaré de este momento único. Quiero centrarme solo en él, en absorber al máximo cada segundo, cada instante, cada mínimo detalle. Luego me iré, regresaré a mi dimensión y mañana lo habré olvidado todo. Es una sensación tan extraña... Lo anhelo y lo temo; lo deseo y no lo quiero.

—Tayra, entiendo todo por lo que estás pasando —me dice Diorah—, y por eso he elegido este momento, la noche antes. Pásala con él, pero mañana temprano tienes que irte. Yo te estaré esperando aquí, a las ocho en punto. Ni un minuto más ni un minuto menos. No salgas de esta casa, no le cuentes nada. Nadie puede verte con él; recuerda que tú vives en esta dimensión y ahora mismo estás en otra parte.

—Lo sé, Diorah.

Asiente, prende el contacto y se va. Aún de espaldas a la puerta escucho el crujido de la cerradura y me escondo a toda velocidad detrás de los recortados arbustos que rodean el perímetro del jardín.

—Chicos.

La voz de Dani. Rezo por que no venga en esta dirección y suspiro aliviada al verlo salir rumbo al paseo marítimo; lleva un teléfono móvil y aunque ya no percibo lo que dice sí detecto en su rostro esa sonrisa que hace tanto tiempo que no veo.

Cuando se marcha, camino despacio hasta la casa, cuya puerta permanece como Dani ha debido dejarla, abierta. Me detengo antes de entrar, topando de frente con la figura de Alex, que se disponía a cerrar. Lleva el pelo mojado, unos vaqueros y su torso perfecto, desnudo. Me mira y siento que el planeta entero se hunde bajo mis pies, que vuelo, que me mareo, que quiero morirme, que quiero vivir para siempre en este momento. Y soy incapaz de contenerme: me abalanzo sobre él llorando como una idiota y lo abrazo con fuerza. No tardo en sentir sus manos en mi cintura, entre mi pelo, su respiración en mi cuello. Me estremezco y sé que habría caído en redondo de no ser porque me está sujetando.

—Te quiero —le susurro.

—¿Eso quiere decir que me perdonas?

Me aparto y siento que se me rompe el alma al encontrarme con su sonrisa.

—No tengo nada que perdonarte, Alex. He sido una maldita imbécil.

—No. Fui...

—Ya lo sé. No tienes que explicarme nada.

Lo abrazo otra vez.

—Tay, ¿estás bien?

Me aparta despacio y sujeta mi cara entre las palmas de sus manos; ya no sonríe y ahora me mira con gravedad. Asiento.

—¿Por qué estás así? No me digas que es por todo esto.

Niego con la cabeza.

—¿Puedo... dormir contigo hoy?

—¿Ha pasado algo en tu casa? ¿Con tus padres? ¿Sean está bien?

—Todo está bien. Pero... hemos perdido mucho tiempo por mi culpa y... cumplimos un año dentro de tres días.

Me mata decirlo, sabiendo que ese momento nunca llegará.

—Eres una impaciente —me responde sonriendo de nuevo—, pero lo cierto es que me muero por celebrarlo ya.

Se me acerca y pega su frente a la mía; sus labios rozan los míos y detesto sentir ganas de llorar en un momento así.

—¿Estás solo? —pregunto con un susurro.

—Estoy solo y voy a estarlo esta noche, así que puedes quedarte si quieres. Mis hermanos duermen fuera hoy y Gabriel vendrá temprano para que vayamos a buscar a mi padre al aeropuerto.

Lo sé perfectamente. He escuchado mil veces las explicaciones de todo el mundo, lo que todo el instituto comentaba. «Se dirigían al aeropuerto a buscar a su padre; después irían directamente a Saidar, un pueblo cerca de aquí a pasar el fin de semana con su abuelo, que cumple años». Trato de borrar esa idea de mi cabeza. Diorah me ha hecho un regalo impagable y debo aprovechar cada minuto de mi tiempo con él. Me coge de la mano y me lleva hasta su habitación.

*****

Cuando abro los ojos, me encuentro sola en la cama. Me incorporo como un resorte, tapando mi desnudez con la sábana. Mi corazón late desbocado dentro de mi pecho. Se ha ido. Tal vez ya haya sucedido. Pero en ese momento, Alex entra por la puerta masticando.

—Creí que te habías ido —le digo, tratando de disimular mi estado de alteración.

—Estaba comiendo algo.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Las dos de la madrugada.

Cinco horas. Sucedió a las siete y pocos minutos de la mañana. Le quedan cinco horas de vida y no puedo hacer nada por evitarlo porque si se lo advierto, además de tomarme por una chiflada y de meter a Diorah en un buen lío, estaré poniendo patas arriba la existencia de Alex. No hay un futuro planeado para él y si lo salvo, llegará a una vida que no puede ofrecerle nada. ¿Cómo ha de ser eso? ¿Con qué se encontraría?

Dimito en este mar de pensamientos cuando percibo que se sienta detrás de mí y me rodea con sus brazos, colocando su rostro junto al mío. No puedo creer que las cosas estén siendo tan diferentes a lo que fueron en mi dimensión, en mi mundo. Ahora mismo, mi otro «yo» debe de estar furiosa en casa, esperando llamadas de Alex para ignorarlas, contándole a mis amigas lo horriblemente mal que ha actuado, lo estúpido que fue por ir a esa maldita fiesta en la que no se le había perdido nada, la falta de personalidad de la que hizo gala por no negarse a acompañar a su amigo. Y en cambio, yo estoy pasando la noche él. Vivimos pensando que todo es eterno, que todo estará ahí, en su lugar, cuando salga el sol de nuevo, sin valorar el más nimio detalle.

Esta noche no me he estrenado con Alex en nada. Llevamos juntos un año y aunque recuerdo con especial cariño esa primera vez, después han venido muchas otras, tanto o más maravillosas que aquella. Y esta será la última. Aunque he tratado de evitarlo con todas mis fuerzas, aunque he disfrutado de cada beso y cada caricia, acabo finalmente llorando otra vez. Alex se da cuenta y hace que me vuelva para mirarlo.

—Tayra, ¿vas a contarme de una vez qué pasa? Esta no es mi idea de una celebración. Cuéntamelo, sea lo que sea.

—No es nada —digo. Urge inventar algo—. He... vuelto a encontrarme a Tania.

—Te juro sobre la tumba de mi madre que nada de lo que te dijo es cierto, no ha pasado nada con ella. Tienes que creerme por...

Coloco un dedo sobre sus labios. En aquel momento, lo que la insoportable Tania inventó sobre Alex fue lo que me hizo no volver a dirigirle la palabra en su última semana de vida, algo que no le perdonaré jamás, pero sé perfectamente que lo inventó todo y que Alex y ella no han estado nunca juntos. Él ni siquiera la soportaba.

—Te creo, Alex. Te lo juro, sé que nada de lo que dice es verdad, pero... no he podido evitar pensar que algún día esto... podría terminarse. Y siento que nunca estaría preparada para seguir sin ti.

Sonríe vagamente.

—¿Por qué te planteas eso? Te quiero, tú me quieres y tenemos toda la vida por delante. Yo tampoco me imagino una existencia sin ti, Tay. Pero es absurdo que te martirices con eso.

—¿Qué me dirías si esta fuese a ser la última vez que nos viéramos?

Sé que mi actitud es ridícula, pero nadie ha logrado consolarme en todo este tiempo; las palabra de la gente me parecen vacías, absurdas, inútiles, protocolarias. Sé que solo él puede sacarme del lodazal en el que su muerte me sumirá.

—Estás empezando a asustarme —me dice.

—Si alguna vez esto se acabase, lo que tú me digas ahora será lo único que me haría resistir.

Me dedica una larga mirada. Entiendo que esté desubicado, confuso.

—Tayra, no sé qué decir...

—No quiero saber qué me dirías si te enamorases de otra chica o si yo me... enamorase de otro chico. —Me parece imposible pronunciarlo—, sino, en caso de una... separación involuntaria; más traumática.

—¿Si yo me muriera? —Lo pregunta en un tono que mezcla risa e incredulidad, pero es justo lo que necesito.

—Por ejemplo. ¿Qué me dirías?

—Cielos, Tayra. Estamos intentando celebrar nuestro primer aniversario ¿y me pides que te cuente qué te diría si fuera a morirme?

Lo miro sin saber si confirmar lo que me está preguntando o recular y pedirle que se olvide de todo. Pero guardo silencio y él sigue hablando.

—De acuerdo. Si fuese a morirme mañana, te diría... que respires con más intensidad de lo que lo haya hecho jamás, que vivas por ti y por mí, que hagas de cada sonrisa un homenaje, que te comas el mundo y les enseñes a todos la fuerza que te dio lo nuestro para enfrentarte a lo que sea. Te pediría que cada vez que te sientas vencida, recuerdes momentos como el de esta noche y ojalá eso sea capaz de sacarte una sonrisa. Te pediría que me sientas como tu ángel de la guarda, que hagas un esfuerzo por poner en mi voz las palabras «puedes hacerlo» cada vez que te sientas perdida; que me dejes ser tu héroe. —Soy incapaz de respirar; solo puedo sentir mis lágrimas abrasándome en las mejillas—. Ahora te veo así y no puedo hacer nada para que dejes de llorar —continúa él—. Si existe algo más allá, solo me gustaría que no me ate la misma impotencia de ahora. Te diría que no dejes de hacer nada en la vida, ni siquiera enamorarte porque aunque pasases toda tu existencia al lado de otras personas, sé que estás destinada a pasar la eternidad conmigo y eso merece cualquier espera porque al final solo es tiempo. Hay algo en ti que es mío, Tayra; y algo en mí que es tuyo. Siempre será así. Y si yo me muriera mañana, ese algo tuyo me haría seguir vivo de algún modo y ese algo mío que se quedaría contigo, necesitaría, igual que necesito yo ahora verte sonreír, verte levantarte y seguir. Tú eres mi fuerza, Tay. Si yo no estuviera, déjame seguir siendo la tuya. Déjame vivir en ti.

No sé en qué momento he dejado de llorar ni cuál es la razón exacta, aunque imagino que no esperaba nada de todo esto. Es como si él supiera que realmente va a suceder, como si tuviera claras las palabras y lo que siento. Lo cierto es que no he hecho nada de lo que él querría; he tratado de enterrar nuestra existencia, nuestro rastro, el suyo y el mío. Me he lanzado a hacer una estupidez tras otra, a matar todo lo que tenía que ver con nuestra historia, con la suya, con la mía. Me he visto hundida y lo he aceptado; he huido de todos los que querían salvarme. He dejado de sonreír y no le he permitido vivir en mí, ser una parte mía que continúa respirando más allá de todo.

—Y ahora —dice entonces—, si no me dices qué demonios pasa, seré yo quien llame a tu casa porque no creo que todo esto venga derivado de Tania. Me estás asustando y te lo digo completamente en serio.

Sonrío y lo abrazo.

—Perdóname. Supongo que estoy un poco sensible y se me han juntado algunas cosas que no...

—No tienes que disculparte, Tayra, pero si está pasando algo quiero saberlo.

Niego con la cabeza y acaricio su mejilla.

—No pasa nada.

—Voy a cancelar el viaje de mañana; Gabriel puede llevar a mi padre e ir ellos con mi abuelo. No voy a dejarte así.

En este momento solo puedo pensar en una cosa: Diorah tenía razón. No sé si pueda llevarme de aquí esas palabras de Alex que me hagan cambiar el chip, pero es terriblemente duro afrontar este momento. Tal vez no debí venir, quizás solo debí dedicarme a aceptarlo, a buscar una forma de hacerlo llevadero y... ¡Qué idiota soy! No existe una forma de hacerlo llevadero y no puedo estar hablando en serio si me planteo cambiar un solo beso, una sola caricia, un susurro, un abrazo por nada en el mundo.

—No es necesario, Alex. —Ni siquiera sé de dónde saco la voz para decir eso. La persona a la que amo va a morir mañana, lo sé, puedo evitarlo, pero la aboco a ello. Es lo que debo hacer.

—¿Cómo pretendes que me vaya dos días estando tú así?

—Estoy bien, de verdad. A veces me recorre un pánico irracional ante la posibilidad de perderte. Quizás no te lo haya hecho saber nunca, pero esto... no es nuevo, Alex.

—Tayra, no quiero que lo que tenemos te haga sufrir, por favor. Te quiero muchísimo y vamos a estar juntos siempre, ¿de acuerdo? —Me coge la cara con las manos— ¿De acuerdo? —me repite.

Asiento y para mi sorpresa, Alex se estira hasta la mesilla de noche y abre un cajón del que extrae algo.

—Quería dártelo el día de nuestro aniversario —dice—, pero... tres días más, tres días menos; solo es tiempo.

Si supiera lo distinta que va a ser mi existencia en tres días... Sigue hablando al tiempo que abre una cajita; no de un modo convencional, parece disponer de una combinación de números o algo así.

—Esto es el anillo de Aetherna; cuenta la leyenda que todo aquel que lo desliza en su dedo se hace inmortal. —Lo coloca en la punta de mi dedo—. Si «siempre» no te parece demasiado, podríamos... pasarlo juntos; más

allá de distancia, de unión, de horas, de lugares.

Me quedo sin aire, no veo, no oigo, no respiro. Siento un zumbido recorrer el interior de mi cuerpo, la sangre cabalgando como una embestida a través de mis venas. Alex sigue sujetando el anillo, y sin pensar en nada más, deslizo mi dedo por él. Es un compromiso abocado a nada, sé que no hay futuro ni la más mínima esperanza. Pero no puedo decirle que no. No quiero decirle que no.

Me besa y sonríe sin apartar su frente de la mía. Lo abrazo con fuerza y él se deja caer sobre la almohada, arrastrándome, colocándome encima de él sin soltarme.

—Cuando regrese, lo celebraremos de un modo aún más especial —me dice.

Y hago malabarismos para no ver rota mi alma.

—Nada será mejor que hoy, Alex.

Mi mejilla descansa sobre su pecho mientras su dedos juguetean en mi brazo.

—Lo mejor está siempre por llegar, Tayra —me susurra.

Habla de futuro, pero yo solo tengo el presente y pronto solo tendré el pasado, por lo que aunque no replique, hago lo imposible por capturar este ahora.

*****

Abro los ojos y me parece estar en una repetición de la noche anterior. Miro hacia la puerta esperando a que Alex entre comiendo algo, pero no tardo en reparar en que a través de las persianas entra la luz del sol. Sobre la cama hay una nota:

«Solo es tiempo. Déjame ser tu fuerza. Nos vemos el lunes. Te adoro».

Salgo como un resorte de la cama, recojo mi ropa y bajo la escalera mientras me visto. No me importa afrontar lo que venga. No puedo dejarlo morir, no puedo perderlo otra vez. Habrá una vida para él y si no la hay, la construiremos. Asumiré todo frente a As y Deos, disculpando a Diorah. Ni siquiera sé cómo he podido dudar. Pero abro la puerta y topo

de frente con la figura de ella, que me espera de brazos cruzados, apoyada sobre un coche. Oteo el entorno y bajo, vistiéndome aún mientras me dirijo hacia Diorah.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Las ocho y media. Ya ha sucedido, Tayra.

Me llevo las manos a la cara. Me tiemblan las piernas, así que me apoyo sobre el mismo coche en el que lo hace Diorah; ni siquiera llevo aún bien puesta la camiseta. Ella me mira con gravedad.

—Te lo advertí, ya lo sabías —dice mientras se coloca frente a mí.

No respondo y ella me abraza o eso creo; me quedo en shock, un estado en el que solo me he sumido una vez en mi vida, por la misma causa. Soy incapaz de asimilarlo, aunque esta vez debería resultarme más fácil, no por la circunstancia, sino por saber que iba a suceder. Pero no es más sencillo; es igual de duro, de increíble, de asesino. Este es el momento en el que mi corazón deja de latir; hasta que recuerdo lo que él me dijo: «Déjame ser tu fuerza, déjame vivir en ti». Y los latidos regresan; lentos y amortiguados, pero continuos.

—Vamos. Deos y As preguntarán pronto por ti. El tiempo no ha discurrido igual en la otra dimensión, pero hay que marcharse.

—¿Recordaré esto? —pregunto mirando a la nada—. ¿O también lo olvidaré?

—Lo recordarás, pero no sabrás si es un sueño, un pensamiento, un anhelo... o una realidad. No nos recordarás a nosotros ni nada de lo que te sucedió en tu dimensión. Pero este es otro mundo, así que de algún modo lo ocurrido persistirá. Espero que hayas hecho que mereciera la pena y sobre todo, espero que no hayas metido la pata con nada.

—Diorah, el chico del que estoy enamorada está muerto a pesar de que me propuso cancelar ese maldito viaje que iba a costarle la vida. ¿Qué más necesitas?

****

Conoce más sobre la novela, en la web de la autora.